

El recobro de la casa de Dios y de la ciudad de Dios

CONTENIDO

1. Cinco verbos usados en el libro de Esdras
2. La unidad, el sacerdocio, el reinado y el altar
3. Poner el único fundamento, el cual es Cristo
4. Hageo: “Considerad vuestros caminos”
5. Cristo lo es todo para el edificio de Dios
6. La primera y la segunda venida de Cristo
7. El enriquecimiento, el fortalecimiento, la purificación y la protección del recobro
8. La ciudad es el agrandamiento de la casa de Dios

PREFACIO

Este libro se compone de mensajes dados por el hermano Witness Lee en Los Ángeles, California, en el verano de 1969.

CAPÍTULO UNO

CINCO VERBOS USADOS EN EL LIBRO DE ESDRAS

Lectura bíblica: Esd. 1

QUÉ TIPIFICA EL CAUTIVERIO

Para entender en qué consiste el recobro de la casa de Dios y de la ciudad de Dios, tenemos que considerar primero la historia del pueblo de Israel. Es conocido por todos que el Antiguo Testamento es un libro de tipos; y el tipo más importante y todo-inclusivo es la propia historia del pueblo de Israel. En el cristianismo hay muchos cristianos y maestros que aplican a su propia experiencia cristiana lo sucedido en las primeras etapas de la historia del pueblo de Israel. Me parece que todos estamos familiarizados con esto. Ciertamente sabemos cómo aplicar la Pascua a nuestra experiencia de la redención, y sabemos cómo aplicar el paso del pueblo de Israel por el mar Rojo a nuestra propia experiencia del bautismo. También sabemos cómo aplicar a nuestra experiencia personal el hecho de que los israelitas disfrutaron diariamente del maná y bebieron del agua que brotó de la roca que fue hendida en el desierto, pues sabemos que esto significa ser abastecidos de Cristo como nuestro diario suministro y como el agua viva que bebemos. Incluso sabemos cómo aplicar a nuestra experiencia la edificación del templo realizada por el rey Salomón.

Pero son muy pocos los cristianos que saben cómo aplicar a su propia experiencia la última etapa de la historia del pueblo de Israel. ¿Qué representa para nosotros el cautiverio del pueblo de Israel? ¿Cómo podemos aplicar a nuestra experiencia actual la cautividad sufrida por dicho pueblo? ¿Y qué significa, en términos de nuestra experiencia actual, el retorno del cautiverio experimentado por los israelitas al ser recobrados? ¿Cómo podemos aplicar a nosotros tal experiencia de recobro? Muchos creyentes saben cómo aplicar a su experiencia cristiana la primera etapa de la historia de Israel, pero ellos simplemente pasan por alto aplicar la etapa final de dicha historia.

Al considerar la condición espiritual en la que hoy se encuentran los cristianos, ¿en qué etapa estamos? Indudablemente nos encontramos en la etapa del cautiverio. Cautiverio significa que el pueblo de Dios ha sido esparcido; significa que la unidad se ha perdido. El pueblo de Dios ha sido llevado lejos del terreno de la unidad y ha sido introducido en el terreno equivocado. Al inicio, ellos estaban congregados y centralizados en Jerusalén, pero después fueron dispersados y llevados a muchos otros lugares. En esto consiste el cautiverio. Ahora, apliquemos esto a la situación actual. Los cristianos de hoy, ¿están reunidos o se han dispersado? En cierto sentido, los cristianos de hoy están más divididos y esparcidos que el propio pueblo de Israel cuando éste se hallaba en el cautiverio. Hoy los cristianos están muy divididos y disgregados. Esto quiere decir que el cristianismo está en cautiverio. Así pues, es necesario que retornemos; es menester que seamos recobrados. No solamente necesitamos ser avivados, sino también ser recobrados.

QUÉ SIGNIFICA SER RECOBRADOS

¿Qué queremos decir cuando hablamos de la necesidad de ser recobrados? ¿Acaso queremos decir que nuestra salud necesita ser recobrada, o que necesitamos recobrar nuestros empleos? No, ser recobrados es ser llevados de retorno a Jerusalén; significa regresar de Babilonia a Jerusalén. Éste es el significado correcto de ser recobrados. Por el lado negativo, ser recobrado significa ser sacado de Babilonia; y por el lado positivo, significa ser llevado a Jerusalén. ¿Ha sido usted sacado de Babilonia? ¿Ha sido llevado a Jerusalén? Tal vez algunos pregunten: “¿Qué es Babilonia hoy y qué es Jerusalén hoy? ¿Cómo podemos aplicar a nuestra experiencia Babilonia y Jerusalén?”. Sabemos que Jerusalén era el centro que reunía al pueblo de Israel en Canaán. Jerusalén era el terreno de la unidad.

Las Escrituras nos dicen que una parte del pueblo de Israel fue llevada en cautiverio a Siria y otra parte fue llevada a Egipto; pero la gran mayoría de ellos fue llevada cautiva a Babilonia. Así pues, era principalmente Babilonia el territorio en el cual ellos se hallaban cautivos. Por tanto, según la tipología, Jerusalén representa el terreno de la unidad, es decir, el territorio designado para congregar al pueblo del Señor, mientras que Babilonia representa división, dispersión y cautiverio. Ser recobrados de Babilonia equivale a ser recobrados de toda división, y ser llevados de regreso a Jerusalén significa retornar al terreno original, el terreno de la unidad.

EL LUGAR ELEGIDO POR DIOS

Cuando el pueblo de Dios fue llevado a la buena tierra, según se nos relata en los capítulos 12, 14, 15 y 16 de Deuteronomio, el Señor les dijo reiteradamente que una vez que entraran en la tierra de Canaán, ellos no tendrían ningún derecho a escoger el lugar donde debían reunirse a adorar. Dios les dijo una y otra vez que Él mismo elegiría el lugar, el único lugar, en el cual Él pondría Su nombre y edificaría Su morada. A la postre, el lugar elegido fue Jerusalén. Por tanto, Jerusalén llegó a ser el lugar donde el pueblo de Dios se reunía a adorar a Dios, y este centro de adoración único mantuvo unido al pueblo de Dios. Si no hubiesen tenido tal centro de adoración, después de entrar en la buena tierra el pueblo se habría dividido.

Por ejemplo, la tribu de Dan vivía en el norte, bastante alejada de Jerusalén. Supongamos que ellos hubieran argumentado que vivían muy lejos y que les era muy difícil transportarse hasta Jerusalén. Después de todo, Dios no está limitado por la geografía. Si Dios estaba en Jerusalén, ¿por qué no habría de estar en Dan también? Si la tribu de Dan hubiese comenzado a hablar de esta manera, ello inmediatamente habría causado división en el pueblo de Dios. Entonces, otra de las doce tribus habría dicho que si Dan podía establecer un segundo centro de adoración, ellos también podían establecer un tercer centro de adoración. Otros harían lo mismo y establecerían un cuarto, un quinto y un sexto centro de adoración, ¡hasta que se suscitara una sucesión interminable de divisiones!

Dios es sabio. Él sabía que este problema ocurriría, y por ello, les repitió una y otra vez Su mandamiento respecto al único centro de adoración. Él les dio a entender que el pueblo de Israel no tenía derecho alguno a elegir su propio centro de adoración, sino que este derecho le pertenecía exclusivamente a Dios. Dios era el único que podía hacer tal elección. Israel no podía elegir por sí mismo, sino que debía aceptar la elección de Dios, la elección divina. Así pues, nosotros debemos acatar aquello que Dios ya ha elegido. El lugar elegido por Dios llegó a ser el centro de reuniones de Su pueblo, y éste constituye el único terreno, el terreno de la unidad.

UNA UNIÓN DE DIVISIONES

Después de cierto tiempo, el pueblo de Israel fue llevado en cautiverio y esparcido por lo menos a tres lugares diferentes. Una vez cumplidos los setenta años de cautiverio, algunos miembros del

pueblo de Israel que estaban en Babilonia fueron avivados y tomaron la resolución de levantarse en unidad. ¿Pero bastaba con eso? ¡No! Si bien ellos experimentaron un avivamiento, todavía no habían logrado la verdadera unidad, pues la unidad en Babilonia es todavía una unión de divisiones. Aun cuando estaban unidos en Babilonia, dicha unidad no hizo más que formar otra división. Si bien ellos se levantaron en unidad y había amor entre ellos, el hecho es que se amaban mutuamente dentro de una división. Puede ser que éste haya sido un verdadero avivamiento, pero jamás podríamos decir que haya sido un verdadero recobro.

¿Por qué el pueblo de Israel tenía que retornar a Jerusalén? ¿Acaso no podían ellos adorar a Dios en Babilonia? Sí, ciertamente ellos podían adorar a Dios en Babilonia, y podían adorar a Dios en Siria y en Egipto. Ellos podían adorar a Dios en todos esos lugares, pero la casa de Dios no estaba en ninguno de esos sitios. Si querían adorar a Dios en Su casa, ellos debían retornar a Jerusalén. Dios no es un Dios estrecho; Él puede ser adorado en todo lugar. Pero adorar a Dios de esta manera jamás lo satisfará a Él, ni tampoco traerá satisfacción a quienes así le adoren, pues al adorarlo todavía se sentirían en cautiverio. Esto se debe a que ellos no estarían adorando a Dios en Su casa.

¿Cómo podemos aplicar esto a nuestra experiencia actual? A menos que retornemos al terreno único de la unidad, jamás nos sentiremos plenamente satisfechos, independientemente de cuán espirituales seamos. Es verdad que Dios no es estrecho. Dondequiera que estemos, Él está con nosotros. Pero esa clase de adoración jamás logrará satisfacer a Dios ni tampoco podrá satisfacernos a nosotros mismos, debido a que tal clase de adoración no logra cumplir el deseo de Dios. Lo que Dios desea es obtener una casa, una morada, en esta tierra.

DESPERTAR, LEVANTARSE Y SUBIR

En el capítulo uno de Esdras encontramos cinco verbos cruciales. Primero, vemos que Dios despertó el espíritu de ellos (Esd. 1:1, 5). Nuestro espíritu necesita ser despertado. Lo que necesitamos no es entusiasmarnos, ni analizar ni tampoco tomar alguna determinación, sino ser despertados en nuestro espíritu. Éste es el primero de los cinco verbos. Luego, tenemos que levantarnos (v. 5). Una vez que nuestro espíritu haya sido despertado, tenemos que levantarnos. Éste es el segundo verbo. Después que nos hayamos levantado, tenemos que subir (vs. 3, 5). Todo aquel que está siendo recobrado es alguien que está subiendo, no bajando. Mientras somos recobrados, ¡tenemos el sentir profundo de que estamos subiendo! Regresar a la casa de Dios equivale a subir.

LLEVAR Y EDIFICAR

Luego encontramos el cuarto verbo. No debemos subir con las manos vacías; antes bien, debemos llevar algo de oro y de plata (v. 11), lo cual representa al Cristo que hemos experimentado. Todos los utensilios del templo representan nuestras experiencias de los distintos aspectos de Cristo. El pueblo de Dios fue dispersado, y todas las experiencias espirituales fueron llevadas en cautiverio. Esto era una vergüenza para ellos y para Dios. Nabucodonosor puso todos estos vasos, o utensilios, en el templo de sus ídolos. ¡Cuán vergonzoso fue esto para Dios! Aun hoy, algunos queridos cristianos tienen verdaderas experiencias de Cristo, pero ellos se encuentran en Babilonia. Ellos tienen experiencias de Cristo, pero se hallan cautivos, en el lugar de los ídolos. Sus experiencias son correctas, pero están en el lugar equivocado. Dichos vasos son auténticos, pero en vez de estar en el templo de Dios, están en un templo de ídolos. Por tanto, necesitamos traerlos de regreso a Jerusalén.

El libro de Esdras, a pesar de ser breve, nos da detalles en cuanto a la cantidad exacta de los vasos; era un total de 5,400 utensilios. Al ser recobrados debemos traer con nosotros experiencias del Cristo que hemos disfrutado. Tenemos vasos de oro y de plata. Según la tipología, la plata representa la redención de Cristo, y el oro, la naturaleza divina de Dios. Mientras vamos subiendo, debemos llevar con nosotros nuestras experiencias de Cristo y de Su redención, y de Dios y de Su naturaleza divina. Al subir debemos llevar con nosotros algo de Cristo y de Dios. No debemos subir con las manos vacías. Por lo menos debiéramos traer un vaso de oro y uno de plata.

Debe llamarnos la atención que en este pasaje bíblico sólo se mencionan dos clases de utensilios: tazones y tazas (1:9-10). Los tazones son platos grandes, y las tazas son usadas para comer y beber directamente de ellas. Así pues, ambas clases de vasijas tienen como fin servir alimentos.

¿Qué experiencias ha tenido usted de la persona de Cristo? Tales experiencias debieran ser las tazas y tazones que le sirvan a usted para suministrar alimentos a los demás. Al subir para participar de la vida de iglesia, ¿subimos llevando algo en nuestras manos? Tenemos que subir a la vida de iglesia llevando con nosotros tazas y tazones con los cuales servir alimentos que nutran a los demás y sean un suministro para ellos. Estoy convencido de que muchos de los amados santos que están hoy en el recobro del Señor, pueden dar testimonio de cómo subieron a la vida de iglesia llevando consigo tazas y tazones a fin de abastecer a otros. Y ellos pueden dar testimonio, a su vez, de que cuando vinieron a la vida de iglesia, también fueron nutridos. Así pues, ellos poseen algo que ha de nutrir a los demás, y otros también traen consigo nutrimento; de modo que simplemente se alimentan los unos a los otros. En esto consiste la vida de iglesia. Ustedes traen algunos tazones, y yo traigo otros. Ustedes traen algunas tazas, y yo traigo otras. Ustedes me dan de comer, y yo los alimento a ustedes. Debemos suministrarles alimento los unos a los otros.

Finalmente, tenemos que ser juntamente edificados (vs. 2, 3, 5). Así que, tenemos que despertar, levantarnos, subir, llevar y edificar. Nuestro espíritu necesita despertar, debemos levantarnos, subir a Jerusalén y llevar con nosotros las experiencias de Cristo con las que podamos contribuir a la edificación de la iglesia.

EN ESPÍRITU

Incluso el Antiguo Testamento dice que nuestro espíritu humano necesita ser despertado. La iglesia no es una sociedad humana, sino una economía divina. No se trata, pues, de un movimiento humano, sino de un mover divino. Por tanto, Dios requiere de nuestro espíritu. Dios despierta nuestro espíritu. No medite ni analice tanto, no se deje llevar por sus emociones ni tampoco se empecine tanto en lo que haya determinado hacer; más bien, es necesario que nuestro espíritu sea despertado. El entendimiento intelectual es una cosa, pero ser despertados en nuestro espíritu es otra. Me temo que algunos de nosotros tengamos un entendimiento intelectual muy claro con respecto al recobro del Señor, pero que en nuestro espíritu seamos muy pobres. Que Dios tenga misericordia de nosotros y pueda hablarnos en nuestro espíritu. Dios tiene que tocar nuestro espíritu; Él tiene que librarnos de nuestra mente y hacer que nos volvamos al espíritu. Entonces no le daremos tanta importancia a los dictados de nuestra mente, nuestras emociones o nuestra voluntad; sino que, por haber sido despertados en nuestro espíritu, avanzaremos con el Señor en Su recobro.

UN NUEVO COMIENZO

El primer capítulo de Esdras comienza con la frase: “En el primer año de Ciro rey de Persia”. ¿Por qué no fue el segundo o el tercer año? ¿Por qué fue precisamente el primer año? Porque el recobro es verdaderamente un nuevo comienzo. Si hoy nuestro espíritu es despertado para participar del recobro del Señor, entonces éste será el primer año para nosotros. Éste será un nuevo comienzo para nosotros. El primer año de Ciro rey de Persia marcó el inicio de un nuevo reinado. Espero que entre quienes leen estos mensajes haya muchos que digan: “¡Aleluya! ¡Éste es el primer año de mi vida de iglesia! ¡Ahora sé que tengo que subir a Jerusalén!”.

Quizá algunos se pregunten: “Si subimos a Jerusalén, ¿qué pasará con los que no suban con nosotros?”. No piensen tanto en esto, ¡simplemente suban! ¿Por qué tienen que pensar tanto en lo que otros vayan a hacer? Si Dios ha despertado su espíritu, usted tiene que subir, independientemente de lo que los demás hagan. La historia dice que solamente un número muy pequeño de aquellos que se hallaban en cautiverio retornó a Jerusalén; la mayoría prefirió permanecer en cautividad.

Sabemos que además del templo en Jerusalén, jamás el pueblo judío edificó otro templo en toda la tierra; en lugar de ello, ellos edificaron muchas sinagogas. Ellos no se atreven a edificar otro templo porque conocen bien el mandamiento dado por Dios en los capítulos 12, 14, 15 y 16 de Deuteronomio. Si solamente tomamos la resolución de levantarnos pero no subimos a participar de la vida de iglesia apropiada, es posible que sirvamos a Dios, mas sólo le podremos servir en una sinagoga. No basta con tomar una resolución y levantarse dispuestos a actuar para servir a Dios en Su templo, pues además de esto debemos subir. Jamás debiéramos servir a Dios en un nivel inferior al fijado por Él; tenemos que subir. Algunos dicen que pueden predicar el evangelio allí donde se encuentran. Sí, ciertamente ellos pueden predicar el evangelio en el nivel tan bajo y deficiente en el que se encuentran y hasta seguramente dirán que cuentan con la presencia de Dios. En cierto sentido, concuerdo en que ellos cuentan con la presencia de Dios, pero cuentan con la presencia de Dios en un nivel muy bajo. ¡Todos debemos subir! ¡Subir a Jerusalén! ¡Subir al terreno de la unidad! ¡Subir al único terreno que le corresponde a la iglesia!

Estoy lleno de gozo porque en estos años que pasaron hemos visto que muchos santos amados fueron despertados, se levantaron y subieron, llevando su contribución para edificar. Ahora, en muchos lugares ¡ellos están edificando! ¡Aleluya! ¡Despertad! ¡Levantaos! ¡Subid! ¡Llevad! Y ahora, ¡edificad! Edificamos con lo que hemos traído. En síntesis, en esto consiste la obra de recobro que Dios realiza en nuestros días.

CAPÍTULO DOS

LA UNIDAD, EL SACERDOCIO, EL REINADO Y EL ALTAR

Lectura bíblica: Esd. 3:1-2

LA UNIDAD

El primer capítulo de Esdras dice que Dios despertó el espíritu de algunos de los que se hallaban cautivos en Babilonia. Después que su espíritu fue despertado, ellos se levantaron para volver a Jerusalén llevando consigo los utensilios de oro y de plata. Su intención al retornar era edificar la casa de Dios. Luego, en Esdras 3:1 dice que “se juntó el pueblo como un solo hombre en Jerusalén”. Había llegado el séptimo mes, y aunque el pueblo de Israel estaba en las ciudades, todavía no se había producido la unidad entre ellos. Pero entonces: “Se juntó el pueblo como un solo hombre en Jerusalén”. Ésta fue la verdadera unidad, la armonía genuina, la cual no se produjo en las ciudades sino en Jerusalén. Jerusalén era el único terreno, el único centro, en el cual era posible obtener la unidad y la armonía.

¿Cómo aplicamos todo esto a nuestra experiencia actual? Si somos el remanente que ha salido del cautiverio para retornar a Jerusalén, necesitamos la verdadera unidad y armonía. Todos nosotros tenemos que ser uno. Tenemos que juntarnos como un solo hombre. Todos tenemos que conformar un solo hombre, no en este lugar ni en aquel otro, sino en Jerusalén. No realizamos esto de acuerdo con mis opiniones ni conforme a la manera suya de proceder, tampoco nos rige lo que yo piense ni lo que usted enseñe; sino que nos reunimos regidos por Jerusalén como el centro unificador. ¿Somos capaces de abandonar nuestras opiniones por causa de Jerusalén? ¿Estamos dispuestos a desechar nuestros conceptos por causa de Jerusalén? Todos hemos retornado, pero no debemos continuar bajo la influencia de Babilonia. Tenemos que dejar atrás todo lo babilónico. No regresen a Jerusalén trayendo con ustedes las enseñanzas de Babilonia. Subamos todos a Jerusalén. Allí nada será determinado por mí o por usted, sino que todo será en conformidad con Jerusalén, pues Jerusalén es el único centro y el único terreno en el cual es posible la unidad.

En los últimos años he observado y considerado nuestra situación. He visto que algunos santos comenzaron a reunirse en diferentes lugares, pero con el tiempo tales asambleas fracasaron a causa de la diversidad de conceptos y opiniones de quienes se reunían. El problema radica en que algunos han retornado, pero no trajeron consigo los utensilios; más bien, llevaron consigo las cosas babilónicas, es decir, trajeron consigo muchos conceptos babilónicos. Si bien ellos han retornado, lo han hecho sin ser uno, carentes de unidad. Ellos jamás se han reunido como un solo hombre.

Tengo que alabar al Señor por las iglesias locales. En las iglesias locales, por la misericordia del Señor, somos un solo hombre. No tenemos diversidad de opiniones, hemos abandonado todo concepto babilónico y nos hemos reunido como un solo hombre. Desde que el Señor nos llevó a orar-leer, verdaderamente hemos sido conducidos a la unidad. ¡Alabado sea el Señor! Necesitamos la unidad. Si no obtenemos la unidad ni somos uno, la edificación de la casa del Señor será imposible.

Si hemos de hacer realidad la vida de iglesia, tenemos que olvidarnos de toda enseñanza u opinión divergente que hayamos recibido en el pasado. Tenemos que desechar todas esas cosas. Las diferentes opiniones, los diversos conceptos y el conocimiento bíblico divergente ha causado muchos problemas. ¡Esto es terrible!

Por eso, después de la degradación de la iglesia, el último libro de la Biblia se escribió de manera diferente a los anteriores. Tanto en los Evangelios como en las Epístolas, el orden en que se mencionan a las personas de la Deidad es el siguiente: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero en el último libro, el orden en que se menciona a las tres personas de la Deidad ha cambiado y es: Padre, Espíritu e Hijo. Ahora el Espíritu ha cobrado mayor importancia y no ocupa el tercer lugar, sino el segundo; además, el Espíritu, que es uno solo, ha llegado a ser los siete Espíritus, es decir, el Espíritu siete veces intensificado.

El Señor Jesús dijo muchas cosas en los cuatro Evangelios y los apóstoles escribieron muchos libros, pero ninguno de ellos enfatizó, tal como el libro de Apocalipsis, el hecho de que debemos prestar oído a lo que el Espíritu dice a las iglesias. Este último libro, al final de cada una de las siete epístolas a las iglesias, nos insta: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice”. En la cristiandad se realizan muchos estudios bíblicos y clases bíblicas y existen muchos institutos bíblicos, pero en casi todos ellos lo que se imparte es mera letra, carente de vida.

En lugar de dar clases acerca de la Biblia, necesitamos aprender a llorar por la situación de pobreza y muerte espiritual que impera. Tenemos que atender al Espíritu, no solamente leer lo que está escrito. Tenemos que prestar atención a lo que el Espíritu viviente nos dice en el presente, las palabras para el momento actual. “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” No basta con leer lo que está escrito. Estamos en una nueva era, la era del Espíritu.

¿Por qué están divididos los cristianos? Simplemente debido a la diversidad de enseñanzas y doctrinas. Cuanto más diversidad de enseñanzas haya, más divisiones habrá. Todas las diversas enseñanzas y opiniones le han hecho mucho daño al recobro de la iglesia. Me temo que algunos entre nosotros todavía estén bajo la influencia de las doctrinas babilónicas. Que el Señor tenga misericordia de nosotros para que podamos desechar todas esas enseñanzas, independientemente de que sean correctas o erradas. Retornemos a Jerusalén y al Espíritu. Nuestra mentalidad ha hecho mucho daño al recobro del Señor. Simplemente debemos volvernos al Espíritu.

En los últimos quince a veinte años, el Señor nos ha mostrado claramente que Cristo es el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). En 2 Corintios 3:17 también dice: “El Señor es el Espíritu”. Basándonos en estos pasajes de las Escrituras, hemos dicho a las personas que tenemos que darnos cuenta de que Cristo no solamente es el Redentor, sino también el Espíritu vivificante. Sin embargo, algunos nos han condenado por esto, diciendo que es una herejía afirmar que Cristo es el Espíritu. Ellos dicen que esto es un error y que es contrario a la enseñanza de la Trinidad. Pero la Biblia dice claramente: ¡“El Señor es el Espíritu”! A nosotros no nos importan las enseñanzas de los hombres, que están carentes de vida, ¡lo único que nos interesa es disfrutar al Cristo vivo que es el Espíritu!

Supongamos que el libro de Apocalipsis no dijera nada con respecto a los siete Espíritus de Dios y, sin embargo, alguien nos dijera que hoy el Espíritu de Dios es los siete Espíritus. ¿Le creería usted? Todos los cristianos calificarían a tal persona de hereje. El Espíritu de Dios es único, es un solo Espíritu. ¿Cómo podría alguien afirmar que Él es los siete Espíritus! ¡Pero alabado sea el Señor! Tenemos este último libro, Apocalipsis, el cual afirma que el Espíritu de Dios no solamente es un solo Espíritu, sino también siete Espíritus. ¿Será esto herejía? Si esto es herejía, ¡es una herejía divina! ¡Es una herejía divina que procede de la boca del propio Señor Jesucristo! ¡Oh, ciertamente las enseñanzas carentes de vida perjudican grandemente tanto la vida cristiana

como la vida de iglesia! El Espíritu de Dios es uno. ¿Cómo podría alguien decir que es siete Espíritus? Porque el propio Señor Jesús dijo que el Espíritu es los siete Espíritus. Entonces, ¿qué diremos? Tenemos que decir: “¡Amén! ¡Alabado sea el Señor! ¡Aleluya!”.

Me temo que ustedes todavía abriguen algunos “peros”. Tal vez ustedes digan: “Esto está muy bien, pero...”. Ese pequeño “pero” procede de Satanás. Tenemos que aprender a rechazar los “peros”. No debe haber “peros” entre nosotros, sino solamente unidad; no debe haber ningún “pero”, sino sólo “¡Amén!”. Debemos abandonar todos nuestros “peros”. No debemos defender nuestras propias opiniones a fin de que todos podamos reunirnos como un solo hombre. Jamás digan: “pero”; más bien, simplemente sean uno con los santos. Reunámonos todos como un solo hombre en Jerusalén. Lo único que debe interesarnos es el recobro del Señor. Tenemos que preocuparnos únicamente por la edificación del templo del Señor. ¡Regresemos todos a Jerusalén para reunirnos como un solo hombre!

EL SACERDOCIO Y EL REINADO

Encontramos algo más en Esdras 3:2, a saber, se mencionan los nombres de dos personas: Jesúa [o Josué] y Zorobabel. Al leer los libros de Hageo y Zacarías, nos damos cuenta de que Josué era el sumo sacerdote en ese tiempo. Además, según consta en el libro de Hageo, Zorobabel era gobernador de Judá, y al estudiar su genealogía vemos que él era descendiente de David. Así que, él pertenecía al linaje de los reyes. Por consiguiente, encontramos estas dos personas: Josué, quien representa el sacerdocio, y Zorobabel, quien representa el reinado. En los libros de Esdras, Nehemías, Hageo y Zacarías, encontramos siempre una representación de estos dos ministerios. Esto se debe a que dichos libros están relacionados con el recobro de la edificación de la casa de Dios y de la ciudad de Dios.

La edificación de la casa de Dios siempre requiere el sacerdocio y el reinado. Con relación a la edificación del tabernáculo, Moisés representaba el reinado y la autoridad, y Aarón, el sacerdocio. Con respecto a la edificación del templo, Salomón representaba el reinado, y el sumo sacerdote representaba el sacerdocio. Asimismo, con respecto al recobro de la edificación, el sacerdocio y el reinado siguen siendo necesarios. En la obra de edificación original primero se menciona el reinado y después el sacerdocio. Pero con respecto al recobro, se menciona primero el sacerdocio y después el reinado. El reinado es la autoridad divina, y el sacerdocio consiste en tener contacto con Dios, ser llenos de Él y ser plenamente ocupados y poseídos por Él.

A fin de que la edificación de las iglesias locales sea recobrada, no sólo es necesario dejar las denominaciones y venir al terreno de la localidad, sino que también es menester que el sacerdocio y el reinado sean recobrados. ¡Alabado sea el Señor que muchos han retornado! Pero, en los últimos años, he notado que en muchos lugares, aun cuando las personas han vuelto al terreno de la unidad, todavía estaban ausentes tanto el sacerdocio como el reinado. Estas personas carecen tanto de Josué como de Zorobabel. Tales grupos han dejado las denominaciones y han vuelto al terreno apropiado con la intención de recobrar la vida de iglesia, pero han fracasado en su intento debido a que entre ellos el sacerdocio y el reinado estaban ausentes. Ellos pensaban que al retornar al terreno apropiado podrían valerse de ciertos métodos para poner en práctica la vida de iglesia, pero sus métodos no surtieron efecto. La vida de iglesia no es cuestión de aplicar ciertos métodos, sino que requiere el sacerdocio y el reinado.

¿Estamos nosotros participando en el sacerdocio y nos hallamos sometidos al reinado? El sacerdocio es necesario para que podamos tener un verdadero contacto con Dios, y así todo nuestro ser sea saturado de Él. No es cuestión de conducir nuestras reuniones de cierta manera; eso jamás funcionará. Al contrario, se requiere que el sacerdocio sea una realidad entre nosotros. ¿Estamos nosotros participando en el sacerdocio? ¿Conocemos el sacerdocio por experiencia

propia? Y, si es así, ¿estamos ayudando a los demás a participar en el sacerdocio? No se trata de hacer esto o aquello, sino de llevar a cabo el sacerdocio. Día tras día, todos debemos tener contacto con el Señor, ser llenos y saturados de Él y permitir que Él ocupe todo nuestro ser. Es así como debemos ejercer nuestro sacerdocio. Es necesario ayudar a todos los queridos santos que están en el recobro del Señor a conocer en qué consiste el sacerdocio apropiado. Necesitamos tener contacto con el Señor. Dar gritos de júbilo en las reuniones es bueno, pero ¿qué de nuestra comunión con el Señor en nuestra vida privada? ¿Cuánto contacto tienen ustedes con el Señor y cuánto han sido saturados de Él en su vida diaria? En esto consiste el sacerdocio. En el recobro del Señor, el sacerdocio es indispensable; necesitamos que algunos sean “Josué”.

También necesitamos el reinado, la autoridad divina. La gente siempre nos pregunta quién es el que gobierna en la iglesia. Yo siempre les digo que esto es difícil de contestar. Si ustedes dicen que alguien rige, yo diría que no es así; pero si me dijeran que nadie tiene a su cargo el gobierno, diría que tampoco es así. ¿Quién rige en las reuniones de la iglesia en Los Ángeles? Si ustedes me dicen que nadie tiene a su cargo el gobierno, yo no estaría de acuerdo. Pero si me dijeran que hay alguien que rige, tampoco estaría de acuerdo. Todo es cuestión de aprender a someterse a la autoridad divina. Hay cierta clase de reinado divino entre nosotros, y todos nos encontramos bajo este reinado. No necesitamos elegir a ningún líder; más bien, lo que necesitamos es estar bajo la autoridad divina.

En algunos lugares los santos me han dicho que es realmente difícil decidir quiénes han de ser los líderes. En ocasiones he dicho lo siguiente: todo aquel que quiera ser un líder no es apto para serlo. Es una vergüenza que alguien ambicione ser un líder entre los santos del recobro del Señor. Un líder simplemente es un líder. Si usted es un líder, todos lo sabrán. Usted es simplemente lo que es. Si conocemos la autoridad divina y entendemos lo que es el reinado entre nosotros, todos sabremos cuál es el lugar que nos corresponde; sabremos quiénes somos, qué somos y dónde estamos. Sabremos esto porque estamos bajo el reinado y la autoridad, que no es otra cosa que el señorío del Señor Jesús, nuestra Cabeza.

EL ALTAR

En el recobro del Señor se requiere el sacerdocio y el reinado; sólo entonces será posible la obra de recobro. El capítulo tres de Esdras relata que lo primero que se recobró, o restauró, fue el altar. Para que la casa sea recobrada, es indispensable restaurar el altar primero. Sin el altar, la casa jamás será recobrada. El altar es el lugar donde todo es entregado al Señor. En esto consiste el recobro de la verdadera consagración.

Según Esdras 3, el pueblo de Israel no ofreció nada sobre el altar excepto el holocausto. Sobre dicho altar no se ofrecía la ofrenda por el pecado, ni la ofrenda por las transgresiones, ni la ofrenda de paz ni alguna otra ofrenda. Allí sólo se ofrecía el holocausto, el cual tenía como fin la satisfacción de Dios. La ofrenda por el pecado se presentaba por el pecado, la ofrenda por las transgresiones se presentaba por las transgresiones, la ofrenda de paz se presentaba para que nuestra paz fuera restaurada, la ofrenda de flor de harina se presentaba para nuestra satisfacción, pero el holocausto tenía como fin la satisfacción de Dios. Así pues, recobramos la casa de Dios para que Dios sea satisfecho. La casa no es edificada para que nosotros seamos perdonados, tengamos paz con Dios y hallemos disfrute, sino única y exclusivamente para que Dios sea satisfecho. Por tanto, no debemos ofrecer nada en el altar excepto el holocausto. En otras palabras, debemos poner sobre el altar todo lo que tenemos, todo lo que somos y todo lo que podemos hacer, con miras a la satisfacción de Dios. Esto marca el inicio de la vida de iglesia. Antes de que se ponga en práctica la vida de iglesia, primero es imprescindible que lo pongamos todo sobre el altar. Los jóvenes deben ofrecer sus títulos universitarios y las becas que hayan

obtenido, y todos debemos ofrecer todo cuanto tenemos y todo lo que somos sobre el altar, para la satisfacción de Dios. De otro modo, será imposible que la casa de Dios sea recobrada.

En algunos lugares he observado que a ciertos hermanos les gusta asumir la responsabilidad en la vida de iglesia, pero ellos mismos aún siguen en el mundo. Todavía no han puesto sobre el altar todo lo que tienen ni todo lo que son. Nuestra consagración debe ser una en la cual lo ofrezcamos todo sobre el altar para la edificación de las iglesias locales.

Muchas iglesias tienen la carga genuina de que en su localidad aquellas personas que buscan al Señor sean añadidas a la iglesia. Pero, a la postre, sólo se añaden unas cuantas personas. Les digo con franqueza que si ustedes ofrecen sobre el altar todo —todo lo que tienen, todo lo que son y todo lo que pueden hacer—, el Señor atraerá a aquellos que genuinamente le buscan. El problema es que después de haber regresado de Babilonia a Jerusalén, seguimos conservando muchas cosas para nuestro propio beneficio. No lo hemos ofrecido todo sobre el altar para el beneficio y la satisfacción del Señor. Ésta es la razón por la que necesitamos consagrarnos.

En Esdras 3 vemos que ellos ofrecieron holocaustos cada día, por la mañana y por la tarde. Se ofrecían holocaustos continuamente. Todo el tiempo había algo consumiéndose sobre el altar. Sólo este tipo de consagración puede lograr la edificación de las iglesias.

Si realmente hemos tomado en serio los asuntos del Señor, debemos ofrecerlo todo sobre el altar. De otra manera, sería mejor regresar a Babilonia. No debemos regresar a Jerusalén y seguir llevando la misma vida que llevábamos en Babilonia. La vida que llevamos en Jerusalén debe ser consagrada absolutamente para los intereses del Señor. La vida que llevamos en el recobro del Señor debe estar dedicada absolutamente a recobrar la edificación de las iglesias.

Algunas iglesias han crecido muy poco. Si realmente toman en serio los asuntos del Señor, ellas debieran orar fervientemente: “¡Señor, concédenos crecer, de otro modo, moriremos!” Debemos ser fríos o calientes. Si somos fríos, debemos estar congelados; y si somos calientes, debemos ser tan ardientes que la gente diga que estamos locos. No importa que la gente diga que somos unos exagerados. Cada uno de nosotros debiera estar fuera de sí y manifestar extremo ardor por la iglesia local. Si somos tal clase de persona ardiente y fervorosa, veremos cómo crece la iglesia. No nos debe importar lo que la gente diga de nosotros; debemos estar completamente entregados al recobro del Señor.

Lo primero que debe ser recobrado en la vida de iglesia es el altar. Todos debemos recobrar el altar orando así: “Señor, este día ponemos sobre el altar todo lo que tenemos, todo lo que somos y todo lo que podemos hacer. Hacemos esto por Tu casa, por Tu iglesia”. Esto es lo que necesitamos. Necesitamos la unidad, el sacerdocio, el reinado y el altar. De este modo echaremos los cimientos del templo para que pueda ser recobrada la edificación de las iglesias.

CAPÍTULO TRES

PONER EL ÚNICO FUNDAMENTO, EL CUAL ES CRISTO

Hasta aquí hemos abarcado cuatro temas principales: la unidad, el sacerdocio, el reinado y el altar. El quinto tema que hemos de tratar es el establecimiento del único fundamento. Los cuatro asuntos anteriores —la unidad, el sacerdocio, el reinado y el altar— tienen como finalidad hacer posible que el fundamento sea puesto. Así pues, debemos aplicar todos estos asuntos a nuestra experiencia concreta.

En realidad no necesitamos mucha enseñanza, pero sí necesitamos la aplicación práctica. Después de muchos años de observación he notado que en algunos lugares, aun cuando aparentemente las personas habían regresado a Jerusalén, no se puso el fundamento. Pasaban los años y simplemente no se echaban los cimientos. Si bien había un grupo de personas que había retornado con la intención de establecerse en el terreno apropiado para la vida de iglesia, aún así, ellos no habían puesto el fundamento requerido.

Después de haber regresado a Jerusalén y haberse establecido en el terreno apropiado, lo que se necesita con urgencia es poner el fundamento. Nuestra meta no es sólo estar en el terreno apropiado, sino establecer el cimiento único. Si bien es necesario venir al terreno único, al terreno de la unidad, nuestra meta no es dicho terreno sino el fundamento. Creo que todos sabemos quién es el fundamento. El fundamento es Cristo. “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Co. 3:11). Éste es el fundamento único que se establece en el terreno único.

Hay quienes dicen que enfatizamos mucho el terreno y que no tomamos en cuenta el fundamento. No estamos de acuerdo. Nosotros tomamos el terreno a fin de establecer el fundamento. Estamos firmes sobre el terreno con la finalidad de tomar a Cristo como nuestro único fundamento. Pero he notado que algunos de los que retornaron de la cautividad han establecido otro fundamento, un fundamento distinto de Cristo. En algunos lugares hay grupos que reclaman haber tomado el terreno, pero que no han puesto a Cristo como su fundamento. En vez de Cristo como su único fundamento, ellos toman como cimiento el hablar en lenguas, por ejemplo, o alguna otra cosa que no es Cristo. Independientemente de cuán bueno sea su cimiento, si éste no es Cristo mismo, entonces no es el fundamento apropiado. Finalmente, este fundamento se convierte en un factor de división. Algunos quizás dirán que han retornado para establecerse sobre el terreno único; no obstante, establecen un fundamento que causa división. ¿Se dan cuenta de cuán sutil es esto? Así que, debemos ser extremadamente cuidadosos al respecto.

Me gusta el libro de Esdras porque en él no hallamos muchas enseñanzas. Al inicio, el pueblo no tenía a los profetas. Todo lo que tenían era la unidad, el sacerdocio, el reinado y el altar.

Hoy en día, en algunos lugares no tienen la unidad, ni el sacerdocio, ni el reinado ni tampoco tienen el altar. Sólo tienen muchos profetas. Al observarlos a ellos, parecería que el Cuerpo sólo está conformado por bocas, pues hasta los dedos de los pies se convierten en bocas. En tales lugares se habla mucho y se discuten muchos asuntos doctrinales, pero se carece de la unidad, del sacerdocio y del reinado divino. A tales personas simplemente no les interesa conducir a los demás a la presencia de Dios para ayudarles a tener contacto con el Señor y ser plenamente poseídos por Él. Lo único que les interesa son las enseñanzas bíblicas. Ellos tienen muchos

profetas, pero ningún sacerdote. No les interesa el altar de Dios ni tampoco le dan importancia a la autoridad divina, o sea al reinado. Entre ellos simplemente se habla mucho y se expresan diversidad de opiniones.

INGENUAMENTE UNIDOS

¡Alabado sea el Señor porque en los orígenes del recobro no había profetas! La gente simplemente se juntó como un solo hombre. Quizás algunos digan que ellos eran ignorantes e ingenuos, ¡pues entonces seamos todos ingenuos! ¡Reunámonos como un solo hombre con absoluta ingenuidad! No es necesario ser tan sagaces ni tan sabios. Lo único que tenemos que hacer es simplemente unirnos al pueblo del Señor para conformar un solo hombre. Debemos aprender a ser tan ingenuos, carentes de opiniones. ¿Podrán ustedes aprender a abrir su boca únicamente para alabar y jamás para emitir opiniones? A esto nos referimos cuando hablamos de ser ingenuos.

Muchos no saben cómo conducir a las personas a la presencia del Señor, ni cómo sujetarse a la autoridad de Cristo ni tampoco cómo ser uno con los demás. Ellos simplemente no han aprendido a renunciar a sus propias opiniones y ser uno con los demás en absoluta ingenuidad. No saben ponerlo todo en el altar. Entre ellos está ausente la consagración. Si la situación es ésta, ella es verdaderamente una situación espantosa. Yo preferiría estar rodeado de gente ingenua, donde todos están llenos de Cristo, se sujetan a la autoridad de Cristo y lo ponen todo en el altar. Si los demás nos califican de ingenuos, nosotros sólo podemos decir: “¡Alabado sea el Señor! ¡Somos ingenuos de manera espiritual!”.

En los comienzos del libro de Esdras, no había maestros ni profetas. En el cristianismo de hoy siempre se piensa que para edificar una iglesia es necesaria la presencia de un gran maestro. Pero pueden tener la certeza de que un gran maestro traerá grandes problemas, mientras que un pequeño maestro sólo causará pequeños problemas; y la ausencia de un maestro significa que éste no producirá problemas. Si hay dos grandes maestros, pueden tener la certeza de que habrá dos grandes divisiones. No es necesario debatir al respecto, pues la historia nos ha demostrado que esto siempre es así.

Todos los problemas y divisiones se han originado en los maestros. Siempre que hay un maestro, es seguro que se producirán problemas y habrá división. Meras enseñanzas jamás edifican; más bien, solamente dividen y destruyen.

Me encanta el libro de Esdras; desde su inicio no vemos maestros ni profetas, sino que sólo vemos la unidad de todo el pueblo. Toda la gente se juntó en Jerusalén como un solo hombre (Esd. 3:1). Si no aprendemos a ser ingenuos, jamás podremos ser uno con otros. Las personas sagaces jamás podrán ser uno con los demás. Las personas muy sagaces siempre me inspiran temor. No sean tan sagaces ni tan listos, pues sólo así podrán ser uno con los demás.

En ocasiones, alguien dirá que cierta persona es un buen hermano, ¡pero yo siempre quiero saber de qué manera es bueno! Si él es ingenuamente bueno, ¡eso es maravilloso! Pero si es sagazmente bueno, prefiero alejarme de él. En el pasado, yo sufrí mucho a manos de las personas astutas y sagaces. En la iglesia, el Señor no tiene necesidad de personas astutas. La primera persona sagaz que se reunió con el Señor Jesús fue Judas, quien lo traicionó. Judas era verdaderamente muy sagaz. Al leer el Nuevo Testamento podemos ver que tanto los discípulos del Señor como los primeros creyentes fueron edificados conjuntamente debido a que se unieron con absoluta ingenuidad.

¿Cómo podemos ser uno? Tenemos que abandonar nuestras opiniones y volvernos personas ingenuas. Al inicio del Nuevo Testamento, todos los creyentes estaban unidos. Entre ellos se manifestaba el sacerdocio y el reinado, y pusieron todo cuanto tenían en el altar para que fuera completamente quemado y consumido. ¿Acaso no les parece que ellos eran extremadamente

ingenuos? Si yo hubiese estado presente, quizás les hubiera preguntado: “¿Qué están haciendo? Necesitamos todas esas cosas para la obra del Señor”. Pero ellos eran realmente ingenuos.

Lo que quiero decir es esto: si observamos cuál era la situación en tiempos de Esdras, veremos que lo que ellos hacían parecía ser una “tontería”. Cuando sus adversarios vieron a estas personas que actuaban con tal ingenuidad al ponerlo todo en el altar para que fuese consumido por el fuego, ellos se alegraron. Pero después, al ver que ellos ponían el fundamento, ya no se alegraron. Al comienzo, ellos parecían unos insensatos, pues carecían de enseñanzas y no reunían a la congregación para darle instrucciones; más bien, simplemente se juntaron como un solo hombre, dando lugar a que se estableciese el altar y a que se manifestara el sacerdocio y el reinado divino. Hermanos y hermanas, todos nosotros necesitamos ser así de ingenuos. No aprendan a ser sagaces ni sean instruidos para llegar a ser astutos; más bien, aprendan a ser sencillos e ingenuos, de manera que lo pongan todo en el altar.

CÓMO PONER EL FUNDAMENTO

La unidad, el sacerdocio, el reinado y el altar constituyen la preparación para poner el fundamento. Según la tipología, este fundamento no es otro que Cristo mismo. Ellos pusieron a Cristo como el fundamento. Únicamente les interesaba Cristo, y nosotros debemos ser iguales a ellos. Lo que verdaderamente nos importa no es profetizar, ni sanar a los enfermos, ni hablar en lenguas, ni tampoco nos importan prácticas tales como la de lavarse los pies unos a otros o cubrirse la cabeza; lo único importante para nosotros es Cristo y nada más. No tenemos otro fundamento que no sea Cristo mismo. Si bien es cierto que estamos firmes sobre el terreno de la iglesia, nuestra meta final no es ésta. El terreno existe con la finalidad de que el fundamento único sea establecido, y este fundamento es Cristo y solamente Cristo.

Orar-leer no es nuestro fundamento, sino que es un medio para que el fundamento sea establecido. Orar-leer es un medio para llevar a cabo la edificación. Damos gracias al Señor de que en los últimos años hemos visto la obra de edificación avanzar mediante la práctica de orar-leer. El orar-leer realmente edifica la iglesia, pero no es el fundamento. Nuestro fundamento es únicamente Cristo.

¿Cómo ponemos el fundamento? El fundamento es puesto por medio de alabanzas y gritos de júbilo. “Y cuando los canteros echaron los cimientos del templo de Jehová, pusieron a los sacerdotes vestidos de sus ropas y con trompetas, y a los levitas hijos de Asaf con címbalos, para que alabasen a Jehová, según las instrucciones de David rey de Israel. Y cantaban, alabando y dando gracias a Jehová, y diciendo: Porque El es bueno, porque para siempre es Su benignidad sobre Israel. Y todo el pueblo aclamaba con gran júbilo, alabando a Jehová porque se echaban los cimientos de la casa de Jehová. Y muchos de los sacerdotes, de los levitas y de los jefes de casas paternas, ancianos que habían visto la casa primera, viendo echar los cimientos de esta casa, lloraban en alta voz, mientras muchos otros daban grandes gritos de alegría. Y no podía distinguir el pueblo el clamor de los gritos de alegría, de la voz del lloro; porque clamaba el pueblo con gran júbilo, y se oía el ruido hasta lejos” (Esd. 3:10-13).

Si vamos a otra ciudad, no es necesario enseñar o predicar tanto. Simplemente tenemos que ir allí a alabar y a dar gritos de júbilo con respecto a Cristo. Si vamos a dicha ciudad a exaltar a Cristo, tengo la convicción de que un firme fundamento será establecido.

¿Por qué tenemos que hacer las cosas conforme a la manera vieja? Venimos a las reuniones a sentarnos y esperar que alguien pida un himno, después de lo cual todos cantamos. ¿Por qué hacemos las cosas de una manera vieja? ¿Cuál es la base bíblica para proceder así? ¿Por qué se da un mensaje en todas nuestras reuniones? ¿Por qué no celebramos una reunión dedicada a dar

aclamaciones? En dicha reunión ustedes dan gritos y yo también: “¡Hermanos, Cristo es mi vida! ¡Cristo es vencedor!”. Y luego otros responden: “¡Sí, Cristo es victorioso!”. Pero no debemos convertir esto en otro método. Simplemente tenemos que ser personas nuevas y llenas de vida. Estoy firmemente convencido de que el Señor derribará la manera vieja de proceder. No creo que la manera antigua de predicar vaya a ser prevaleciente. Es menester que surja algo nuevo.

Según Esdras, ¿cómo pusieron el fundamento? Dando gritos de júbilo y alabando. Cuando la cristiandad va a erigir uno de sus edificios o templos, ellos suelen organizar una celebración cuando se echan los cimientos. Acostumbran cantar un himno, el pastor lee un pasaje de la Palabra y se predica un mensaje. Ésta es la manera vieja de celebrar una reunión, algo carente de la vida divina. Ciertamente Cristo no es el fundamento en tales casos. Si realmente Cristo fuese el fundamento, todos gritarían: “¡Aleluya!”.

Consideren el relato hallado en el libro de Esdras. Algunos daban gritos de júbilo mientras que otros lloraban. No había orden. Si usted visita un cementerio, no tendrá necesidad de decirle a nadie que guarde el orden, pues todos están en el debido orden al estar muertos y sepultados. Pero si estamos llenos de vida, será difícil mantener un estricto orden. Todos sabemos que, según la historia, el pueblo hebreo era un pueblo muy religioso; pero en este relato en particular no hallamos mucha religiosidad. Ellos simplemente se juntaron como un solo hombre. ¿Podríamos considerar esto como religioso? Ellos pusieron todo sobre el altar para que fuera incinerado; y cuando pusieron el fundamento, daban gritos de júbilo y lloraban tanto que no se podía distinguir a los que lloraban de los que daban gritos de júbilo. ¿Es esto, acaso, religioso?

Cuando retornamos al terreno apropiado, tenemos que orar para que el fundamento sea puesto. No es necesario convocar una reunión y decir: “Hermanos, por favor abran sus Biblias y leamos 1 Corintios 3:11. Todos debemos saber que el fundamento único es Cristo”. ¡Éstas son enseñanzas carentes de vida! Usted está en lo correcto, pero carece de la vida divina. En el recobro del Señor no necesitamos esta clase de enseñanzas muertas. Al retornar al terreno de la iglesia, debemos hacerlo con gritos de júbilo, con alabanzas, llenos de Cristo y despojados de toda enseñanza muerta. ¡Esto será maravilloso!

No hace mucho, mientras me encontraba de viaje, tuve que detenerme por tres horas en cierto lugar donde había una iglesia local. Esto me permitió reunirme con dos hermanos de dicha localidad y tener comunión con ellos mientras esperaba en el aeropuerto. Ellos me contaron que un hermano de su localidad había visitado Los Ángeles por tres semanas, y que a su retorno lo primero que había hecho en la reunión había sido gritar: “¡Aleluya!”. Todos los asistentes a esta reunión sabían que este hermano acababa de regresar de Los Ángeles. Ellos no habían visto a este hermano por algún tiempo, pero ahora escucharon su: “¡Aleluya!”. La vida divina bullía en esta persona. Esto fue muy bueno. Pero si en lugar de ello esta persona hubiese regresado a enseñarles a gritar: “¡Aleluya!” de la manera en que lo hacen en Los Ángeles, habría cometido un error, pues lo único que estaría pidiéndoles sería que gritaran de una manera carente de vida. No es cuestión de imitar, sino de ser llenos de Cristo. Cuando ponemos a Cristo como el fundamento, estamos tan felices que gritamos: “¡Aleluya!”. Nuestro único fundamento es Cristo y nada más. Ya no nos importa esto o aquello; lo único que nos importa es Cristo. Éste es el único fundamento de la casa de Dios. Hemos visto esto y, de hecho, estamos establecidos sobre tal fundamento. ¡Alabado sea el Señor!

LA VENIDA DE LOS PROFETAS

Fue en ese tiempo que los profetas vinieron. “Y los profetas, Hageo y Zacarías hijo de Iddo, profetizaron a los judíos que estaban en Judá y en Jerusalén, en el nombre del Dios de Israel quien estaba sobre ellos. Entonces se levantaron Zorobabel hijo de Salatiel y Jesúa hijo de

Josadac, y comenzaron a reedificar la casa de Dios que estaba en Jerusalén; y con ellos los profetas de Dios que les ayudaban ... Y los ancianos de los judíos edificaban y prosperaban por las profecías del profeta Hageo y de Zacarías hijo de Iddo. Edificaron, pues, y terminaron, por orden del Dios de Israel, y por mandato de Ciro, de Darío, y de Artajerjes rey de Persia. Esta casa fue terminada el tercer día del mes de Adar, que era el sexto año del reinado del rey Darío” (Esd. 5:1-2; 6:14-15).

Los profetas intervinieron debido a que el pueblo era débil y no se encontraba en una condición normal. Siempre que el Señor hace surgir profetas, ello es prueba que no hay una situación normal. Si la situación fuese normal, no habría necesidad de profetas, pues bastaría solamente con el sacerdocio y el reinado. Pero en el libro de Esdras vemos que la situación se había vuelto anormal, por lo cual hubo necesidad de los profetas. Cuando se había logrado impedir que se cumpliera con el propósito de edificar la casa de Dios, Dios hizo surgir a Hageo y a Zacarías. Incluso Zacarías era un sacerdote que ejerció la función de profeta, esto es, un sacerdote-profeta. Esta clase de profeta ciertamente guarda relación con el sacerdocio.

Cuando la reedificación de la casa de Dios es obstruida, necesitamos ser fortalecidos por los profetas. En todos los libros que tratan sobre el recobro que Dios efectúa, encontrarán que no hay muchas enseñanzas, ni tampoco diversidad de opiniones e ideas. Por eso me gustan tanto estos libros. Estos libros nos muestran que cuando el pueblo retornó, no trajeron consigo enseñanzas ni opiniones. Por el contrario, fueron muy sencillos. Pero debido a que eran débiles y estaban relacionados con el mundo, ellos necesitaron de la ayuda de los profetas, quienes los fortalecieron a fin de que se separaran completamente del mundo.

Hoy en día todos tenemos que darnos cuenta de que al recobrar la vida de iglesia, no es necesaria tanta enseñanza. Lo que se necesita es que se manifieste el sacerdocio, el reinado, el altar y el fundamento verdadero, que es Cristo mismo. La vida de iglesia se edifica únicamente sobre Cristo y nada más. No debemos pensar que cuando los profetas vinieron, dieron muchas enseñanzas. No, ellos fortalecieron las manos del pueblo a fin de que la obra de recobro fuese llevada a cabo de manera apropiada. Todos nosotros tenemos que aprender a ser muy sencillos y simplemente abandonar todos nuestros conceptos y opiniones. Tenemos que dejar atrás las enseñanzas y simplemente reunirnos sometidos a la autoridad divina a fin de poner como fundamento al Cristo único.

Tenemos que ser cautelosos y fuertes a fin de no ser engañados con proposiciones sutiles y astutas hechas por otros que presuntamente vienen a ayudarnos. La ayuda no procede de tal fuente. Tenemos que estar claros al punto de que, independientemente de lo que la gente diga de nosotros, sepamos lo que hacemos. Nosotros sabemos que nos hemos consagrado de manera absoluta al recobro. No servimos para ninguna otra cosa más.

En los últimos años se me ha criticado mucho. Muchas veces, al visitar Taiwán, algunos amigos me han reprendido: “Hermano Lee, sabemos que lo único que a usted le importa son las iglesias locales. Usted está edificando la secta de las iglesias locales”. Esto es lo que ellos decían, y yo jamás discutí con ellos; apenas asentía con mi cabeza y les decía: “Hermano, usted está absolutamente correcto. No tengo otra misión en la vida aparte de las iglesias locales. No sirvo para nada más que para Cristo y la iglesia, pertenezco completamente a Cristo y la iglesia, y sólo a eso estoy entregado. Por ello, no debieran esperar que yo pueda serles de alguna ayuda o utilidad. Si tratara de ayudarles sólo les causaría muchos problemas. Ahorren su tiempo y el mío también”. Yo fui muy franco con ellos y les hablé con la verdad.

Algunos de los misioneros que estaban en China decían: “Ese es un magnífico trabajo, pero...” Hay un gran “pero”. Para ellos, ese “pero” era como una mosca muerta en el perfume. ¿Cuál era

la mosca muerta? El terreno de la iglesia. Algunos llegaron a decirme que si tan sólo evitase hablar sobre el terreno de la iglesia, me convertiría en un orador maravilloso y muy popular. ¡Pero yo quiero ser fiel y hablar sobre el terreno de la iglesia!

Algunos me decían: “Hermano Lee, ¿por qué debe usted ofender a los demás? Simplemente predíqueles a Cristo; basta con eso. ¿Por qué tiene que hablar sobre el terreno de la iglesia?”. Yo les respondía: “Yo sé que esto les ha ofendido, porque ustedes vinieron aquí a edificar la iglesia presbiteriana, mientras que a mí sólo me interesa la iglesia local. La meta de ustedes es edificar una iglesia misionera, y nuestra meta es edificar la iglesia local. ¿Cómo podría yo agradecerles?”.

Si no tomamos el camino que el Señor nos ha trazado para edificar la iglesia local, ¿qué haremos? No habrá manera de avanzar. En 1933, cuando el Señor me guió a tomar este camino, se me criticó muchísimo. Incluso mis amigos más queridos se volvieron hostiles. Realmente me sentía abrumado. Entonces acudí al Señor y llegué a estar muy claro al respecto. Me dije a mí mismo: Si he de ser un ser humano, tengo que ser un cristiano, de lo contrario sería mejor morir. Y si he de ser un cristiano, tengo que tomar el camino acorde con el terreno de la localidad. Si no sigo la senda de la iglesia local, entonces no sé por dónde andar, no sé cómo proseguir; sería mejor para mí renunciar a ser cristiano. Es así de simple.

Sus propias experiencias le demostrarán que hasta que usted vea la iglesia local, jamás podrá estar satisfecho. En lo más recóndito de su ser usted se percata de que le faltará algo hasta que venga a la iglesia local. Entonces, al venir, usted siente que está en casa. ¿Por qué? ¡Porque usted está en casa! Si usted no está en casa, usted simplemente sentirá que algo le falta. Hermanos, no existe otro camino. Si no tomamos el camino de la iglesia local, es innecesario que procuremos convocar asamblea alguna en cualquier otro lugar. Ello no tendrá sentido. Si usted no opta por la iglesia local, ¿para qué establecer otra asamblea? Ya existen muchos otros grupos cristianos, ¿por qué no mejor se une a uno de ellos? Quizá usted diga que le es muy difícil laborar junto a ellos y que es mejor comenzar una nueva asamblea. De ser así, ¡usted es verdaderamente sectario! Si usted no tiene la intención de unirse a la iglesia local, le aconsejo que será mejor que vuelva a reunirse con algún grupo cristiano. No hay necesidad de que procure establecer otra asamblea; ello no tiene sentido.

Acuda al Señor para presentarle estos asuntos, y entonces dirá: “Señor, de ahora en adelante, no sirvo para otra cosa que no sea la iglesia local. Esto es lo único que me interesa”. El Señor honrará esta clase de oración. Fíjese en la situación en la que se encontraba el recobro en tiempos antiguos. Aquellas personas que retornaron parecían tan tontas e ingenuas. A ellas no les interesaba otra cosa ni les importaba nada más que recobrar la edificación de la casa de Dios. Esto es exactamente lo que nosotros tenemos que hacer. No debemos dedicarnos a ninguna otra cosa, excepto a recobrar la edificación de las iglesias locales.

CAPÍTULO CUATRO

HAGEO: “CONSIDERAD VUESTROS CAMINOS”

Lectura bíblica: Hag. 1:1—2:9

EL SACERDOCIO Y EL REINADO

En primera instancia, Hageo no se dirige al pueblo, sino al gobernador y al sumo sacerdote: “En el año segundo del rey Darío, en el mes sexto, en el primer día del mes, vino palabra de Jehová por medio del profeta Hageo a Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y a Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote” (Hag. 1:1). Sólo después de haber hablado al gobernador y al sumo sacerdote, Hageo se dirige al pueblo en general (Hag. 1:13; 2:2).

¿Por qué hacemos notar el hecho de que Hageo primero se dirige al gobernador y al sumo sacerdote? Porque debemos percatarnos de que la edificación de la casa de Dios requiere el reinado y el sacerdocio. El sacerdocio es el ministerio que lleva a las personas a la presencia de Dios y les ayuda a tener contacto con Dios, a ser llenas y saturadas de Dios al punto de que todo su ser sea ocupado por Él. En la edificación de la casa de Dios, tal clase de ministerio es muy necesario. Realmente necesitamos ser saturados de Dios, tener comunión con Dios y ser uno con Él a fin de poder edificar las iglesias locales. No necesitamos la clase de conocimiento que procede de meras enseñanzas; lo que verdaderamente necesitamos es ser llenos de Dios, ser uno con Dios, tener comunión con Él y cultivar una relación fresca y vital con Dios. Dicho ministerio no es un ministerio de meras enseñanzas, sino el ministerio sacerdotal, el cual hace de nosotros verdaderos sacerdotes. Todos tenemos que aprender a tener comunión con el Señor y a ser saturados de Él. Esto es lo primero que se requiere para edificar las iglesias locales.

Además, se requiere el reinado. Al hablar del reinado, simplemente nos referimos a la autoridad de Cristo como Cabeza, a la autoridad divina. En las iglesias locales el gobierno no se ejerce tal como se ejerce en el mundo. En el mundo hay diversas clases de gobierno. Hay quienes son regidos por una democracia, mientras que otros son regidos por un dictador. Pero el gobierno que se ejerce en las iglesias locales no es una democracia, ni tampoco es una dictadura. En las iglesias locales el gobierno debe ejercerlo la autoridad divina, que es la autoridad de Cristo como Cabeza; éste es el reinado juntamente con la autoridad divina.

Lo normal en una iglesia local es que en ella exista el sacerdocio y el reinado adecuados. Esto significa que todos sabemos cómo tener contacto con Dios, cómo disfrutar de una comunión íntima y vital con el Señor, cómo ser saturados del Señor y cómo dejar que sea Él quien ocupe todo nuestro ser. Además, ello implica que todos sabemos sujetarnos al liderazgo de Cristo, es decir, que sabemos reconocer la autoridad divina que se manifiesta entre el pueblo del Señor congregado en las iglesias locales. Si entre nosotros se realizan estas dos funciones, ¡habrá una situación maravillosa!

Probablemente todos nosotros hayamos leído el último artículo escrito por el Dr. A. W. Tozer antes de su muerte. En ese mensaje, él señaló que en la cristiandad de hoy las personas han renunciado completamente a sujetarse a la autoridad de Cristo como Cabeza. Él dijo que en todas las reuniones, convenciones y conferencias organizadas en el cristianismo, no se reconoce la

autoridad de Cristo. A ello se debe que haya tanta confusión y división en medio de una gran diversidad de opiniones. Debido a que la autoridad de Cristo no ha sido reconocida por los Suyos, hoy se carece de autoridad divina entre los cristianos; impera la confusión y las divisiones. Todos simplemente hacen lo que bien les parece. El reinado divino está ausente.

En las iglesias locales, todos estamos sujetos al reinado de Cristo y a Su autoridad como Cabeza. Si he de decir algo en alguna reunión, tengo que decirlo sujeto al reinado y a la autoridad de mi Señor. Si no soy capaz de hablar en sujeción a Su gobierno y autoridad, entonces no debo decir nada. Todo cuanto yo diga y haga, debe ser en sujeción a la autoridad de Cristo como Cabeza. Nada me gobierna excepto Su autoridad. Así, yo reconozco el reinado de Cristo en las iglesias locales.

Ya en el verano de 1966 tratamos en detalle el tema del sacerdocio y el reinado, e incluso dichos mensajes se publicaron en inglés (véase: *The Stream* [El Manantial], del ejemplar No. 4 del tomo cinco al ejemplar No. 4 del tomo seis). Para la edificación de la casa de Dios, se requiere tanto el sacerdocio como el reinado.

Sin embargo, me parece que tengo que volver a hablar sobre estos mismos temas, simplemente debido a que tales ideas no forman parte de nuestra mentalidad humana y natural. Debemos ver que para la edificación del tabernáculo, Moisés representó la autoridad divina, y Aarón, el sumo sacerdote, representó el sacerdocio. Fue bajo estos dos ministerios que el tabernáculo fue erigido. Asimismo, para la edificación del templo, el rey David primero tuvo que librar muchas batallas a fin de traer la paz. Posteriormente, su hijo Salomón representó la autoridad divina, y el sumo sacerdote de aquel tiempo representó el sacerdocio. Fue bajo estos dos ministerios que el templo fue edificado. Ahora, al recobrar la edificación del templo, vemos a Zorobabel, el gobernador, como representante del reinado, y a Josué, el sumo sacerdote, como representante del sacerdocio. Es únicamente bajo estos dos ministerios que es posible recobrar la edificación del templo.

Hoy en día, a fin de que se lleve a cabo la obra de recobro en las iglesias locales, todavía existe la necesidad de estos dos ministerios. Por ello, estoy lleno de agradecimiento al Señor por haber permitido que aquí, en las iglesias, se pueda manifestar tanto el sacerdocio como el reinado. Los hermanos y hermanas saben cómo tener contacto con el Señor y cómo mantenerse en comunión viviente con Él día a día. Por eso practicamos la vigilia matutina, en la que oramos-leemos la palabra de Dios, con el único fin de tener contacto con el Señor y mantener una comunión viviente con Él hasta que seamos llenos de Él, estemos completamente saturados de Él y seamos plenamente poseídos por el Señor, a fin de ser uno con Él en el espíritu. Es de esta manera que hemos aprendido a reconocer la autoridad de Dios, el señorío de Cristo. Ningún hombre rige sobre nosotros; no se ejerce ninguna clase de control humano, pero la autoridad divina se manifiesta entre nosotros. Los hermanos y hermanas proceden y actúan en sujeción a la autoridad de Cristo como Cabeza. Si ustedes me preguntaran quién cuida de las iglesias, no sabría cómo responderles. Lo que quiero decir con esto es que entre nosotros no se da lugar a ninguna maniobra realizada por hombre alguno, sino que tenemos un gobierno, un gobierno divino, un gobierno en sujeción a la autoridad de Cristo. En esto consiste el reinado.

Cuando alguien pregunta cómo celebramos nuestras reuniones, cómo damos inicio a las mismas y quién lleva la delantera en ellas, me es muy difícil responderle. Para la edificación de la casa del Señor, contamos con el ministerio sacerdotal y con el ministerio del reinado.

FORTALECIDOS POR LOS PROFETAS

Pero a veces estos dos ministerios no son lo suficientemente prevalecientes ni fuertes. En tales casos, existe la necesidad de que dichos ministerios sean apoyados y fortalecidos por los profetas.

No se requiere de meras enseñanzas, sino del ministerio de un verdadero profeta. Hageo vino a fortalecer a Zorobabel, el gobernador, y a Josué, el sumo sacerdote. Él no vino a reemplazar el sacerdocio ni el reinado, sino a fortalecer estos dos ministerios. El profeta únicamente fortalece; no reemplaza ninguno de estos ministerios.

Para la edificación de las iglesias, se requiere el ministerio sacerdotal y el ministerio del reinado. Pero, a veces, se hace necesaria la labor fortalecedora de los profetas. El profeta no debe reemplazar ninguno de aquellos dos ministerios, sino solamente fortalecerlos. Escuchen lo que Hageo dijo: “Pues ahora, Zorobabel, esfuérzate, dice Jehová; esfuérzate también, Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote; y esforzaos, pueblo todo de la tierra, dice Jehová, y trabajad; porque Yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos” (Hag. 2:4). Hageo no procuró edificar la casa en lugar de ellos. Él no trató de desempeñar la función que les correspondía a ellos. Él simplemente vino a fortalecerlos y apoyarlos.

¿Por qué hacemos notar estas cosas? Simplemente debido a la influencia que sobre nosotros ejerce nuestro pasado en el cristianismo. Muchas veces, en las iglesias, las personas elocuentes asumen la función que le corresponde al cuerpo de sacerdotes y reyes, de modo que procuran edificar la iglesia por sí mismos. Éste es un gran error. Independientemente de cuán prevaeciente sea el ministerio profetizador, éste no debe reemplazar el ministerio de los demás ni usurpar sus funciones. Lo que corresponde a los profetas es fortalecer a sus hermanos y ayudarles a ejercer su función.

Efesios 4:12 dice claramente que las personas dotadas, tales como los apóstoles y profetas, no edifican la iglesia directamente: “A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo”. Ellos realizan la labor de perfeccionar a los santos, y luego los santos son quienes edifican directamente el Cuerpo de Cristo. Las personas dotadas no debieran reemplazar a los santos; únicamente deben perfeccionarlos a fin de que ellos mismos puedan edificar el Cuerpo.

Hermanos y hermanas, todos tenemos que ser partícipes del ministerio del sacerdocio y del reinado a fin de dedicarnos a edificar la casa de Dios directamente. Los profetas jamás edificaron directamente el templo en la obra de recobro. Fue el pueblo, bajo los dos ministerios —el sacerdocio y el reinado—, el que edificó el templo. La iglesia jamás será edificada por medio de algún predicador o maestro. Las iglesias tienen que ser edificadas por los santos. “¡Oh, Zorobabel, esfuérzate! ¡Oh, Josué, esfuérzate!” Fue el pueblo el que directamente edificó la casa, y no los profetas. Hoy en día, todos los hermanos y hermanas en las iglesias son los edificadores. Lo que se requiere no son meras enseñanzas ni doctrinas, sino que seamos fortalecidos en la obra de edificación que se lleva a cabo bajo los ministerios del sacerdocio y del reinado.

Todos nosotros estamos llenos de conceptos errados al respecto. Si por la misericordia del Señor puedo ayudarles a que abandonen tales conceptos, entonces habré cumplido mi misión. ¿Cuál es el concepto errado que debemos abandonar? Todos nosotros seguimos pensando que son los grandes oradores y los grandes maestros quienes edifican la iglesia. ¡Pero esto es completamente erróneo! ¡A menos que la iglesia sea edificada por los santos, ella jamás será edificada! Si hemos de preguntar a las personas que conforman el cristianismo de hoy: “¿Quién edifica la iglesia?”, ellas de inmediato responderían: “Nuestro pastor, con la ayuda de su asistente y del director de música”. Me temo que este mismo concepto sea el que todavía subsiste en muchos de nosotros de manera subconsciente. ¿Por qué su iglesia no es tan prevaeciente? Me temo que ustedes dirían: “Nuestra iglesia es débil porque nuestros ancianos no son lo suficientemente buenos y nos hacen falta oradores elocuentes”. Pero la iglesia no puede ser edificada directamente por las personas dotadas. La iglesia ha de ser edificada por todos los santos en la localidad, incluyéndolo a usted. No digan que su iglesia es débil porque los ancianos son débiles. ¡Tienen que decir que ella es

débil porque ustedes son débiles! Si usted no fuera débil y los demás santos no fuesen débiles, entonces su iglesia sería muy fuerte. Son los santos quienes directamente edifican la iglesia.

UN VALIOSO SECRETO

A través de todas mis experiencias en las iglesias locales durante todos estos años, he aprendido un secreto. Durante los primeros años, cuando algunos santos acudían a mí para quejarse de algo en las iglesias locales, yo siempre les escuchaba; después, hablaba con los ancianos y les decía algo al respecto. Los ancianos, entonces, se molestaban conmigo y se quejaban de que yo prestara oídos a las habladurías de los santos. Si los hermanos se quejaban conmigo acerca de las hermanas, yo les decía algo a las hermanas; luego, ellas se molestaban de que yo hiciera caso a los hermanos. Si eran las hermanas las que se quejaban de los hermanos, entonces yo les decía algo a los hermanos; luego, ellos se molestaban de que yo hiciera caso a las hermanas. Finalmente, aprendí la lección y descubrí un valioso secreto. Este secreto en realidad resolvió muchos problemas. Cuando alguien venía a mí quejándose de lo hecho por los ancianos, yo les contestaba: “Probablemente usted esté en lo correcto. ¿Por qué no va usted y se los dice a los ancianos personalmente?”. Ellos de inmediato respondían que no se atrevían a hacerlo. Entonces yo les decía: “Si usted me habla de tales cosas, también debiera estar dispuesto a decírselo a ellos personalmente”. Esto resolvió muchos problemas.

Un día, un hermano me dijo que el baño de los varones necesitaba limpieza, ante lo cual yo le pregunté: “¿Por qué no lo limpia usted?”. Otro hermano se quejó conmigo de que ninguno de los miembros de la iglesia saliera a las calles a repartir folletos; así que, yo le animé a que saliera y repartiera folletos. A la postre, los hermanos comenzaron a aprender que si se quejaban conmigo de cualquier cosa, yo les diría que ellos mismos lo hicieran. Éste es un secreto muy valioso que resuelve muchos problemas. Esto también hace que muchos dejen de criticar a diestra y siniestra. No se quejen de los ancianos, ni se quejen de esto y aquello. Ustedes deben asumir la responsabilidad en cuanto a la edificación. La iglesia únicamente puede ser edificada por ustedes directamente. Ustedes son los edificadores.

Tampoco piensen que si éste o aquel hermano viniera, él les ayudaría. Si él es un profeta apropiado, él se preocupará de que ustedes asuman dichas responsabilidades. Cuanto más le visite un verdadero profeta, más responsable usted se sentirá. Los profetas no vienen a eximirlo o liberarlo de su responsabilidad, sino a recordársela. Esfuércense y laboren. No regresen al sistema de clérigos y laicos.

Al finalizar la guerra en 1945, todos los hermanos de las provincias del interior de China retornaron a Nanking, la capital, y me pidieron que los visitara. Ellos estaban tan felices de recibirme, pero yo les dije: “Hermanos, no se alegren tanto. Yo no he venido a eximirlos de responsabilidad alguna; al contrario, vengo a aumentar vuestra carga. Vengo abrumado por el peso de nuestro encargo, pero espero poder ponerlo sobre vuestros hombros. Así, cuanto más tiempo me quede entre ustedes, más espero poder aligerar mi carga y espero que más aumente la vuestra. Después de cierto tiempo habré descargado mi responsabilidad, y ustedes la habrán asumido plenamente”. Esto ocurrió en 1946. Al siguiente año me sentí libre y pude partir de allí, pues toda la responsabilidad y el encargo recibidos descansaba ahora sobre los hombros de los hermanos de dicha localidad. La próxima vez que ellos me escribieron pidiéndome que fuera a ayudarles, les respondí diciéndoles que ellos no requerían de mi ayuda, ya que ellos lo podían hacer.

Todos tenemos que darnos cuenta de que la edificación de las iglesias locales no está en manos de los profetas. Lo que hicieron los profetas fue fortalecer el sacerdocio, el reinado y al pueblo en general. “¡Oh Zorobabel! ¡Oh Josué! ¡Esforzaos pueblo todo de la tierra y trabajad!” Esto fue lo

que todos los profetas hicieron. Ustedes jamás debieran dar la responsabilidad de edificar la iglesia local a otros, sino que deben asumirla ustedes mismos.

CONSIDERAD VUESTROS CAMINOS

La segunda cosa que el profeta Hageo les dijo fue que ellos debían meditar bien sobre sus caminos: “Sembráis mucho, y recogéis poco; coméis, y no os saciáis; bebéis, y no quedáis satisfechos; os vestís, y no os calentáis; y el que trabaja a jornal recibe su jornal en saco roto. Así a dicho Jehová de los ejércitos: Considerad vuestros caminos. Subid al monte, y traed madera, y reedificad la casa; y me agradaré en ella, y seré glorificado, ha dicho Jehová. Buscabais mucho, pero he aquí, hay poco; y cuando lo metisteis en la casa, Yo lo disipé en un soplo. ¿Por qué? dice Jehová de los ejércitos. Por cuanto Mi casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a su propia casa” (Hag. 1:6-9). Después, el Señor dijo: “Y llamé la sequía sobre esta tierra” (v. 11). El Señor llamó la sequía sobre todas las cosas. Así pues, con respecto a todo cuanto ellos realizaban, percibían una gran aridez.

Observen el cristianismo de hoy. Ellos laboran mucho: siembran, se esfuerzan por comer y beber, por abrigar a la gente, por obtener alguna ganancia, pero, a la postre, no obtienen nada. En la mayoría de las obras cristianas de hoy prevalece una sensación de sequía y aridez espiritual. Todas sus predicaciones y enseñanzas han perdido su frescura. ¿Por qué? En sus reuniones de oración, en su lectura de la Biblia y en muchas otras reuniones, se percibe una gran aridez. ¿Por qué? Simplemente porque ellos han sido negligentes con respecto a la casa de Dios.

En 1954, después de haber estado en la isla de Taiwán por unos cuatro o cinco años, un misionero estadounidense vino a verme. Nosotros, en aquel entonces, estábamos predicando el evangelio, y él había visitado todos nuestros locales de reunión. En aquel tiempo, apenas teníamos unos cinco o seis salones de reunión en la iglesia en Taipei. Este misionero se mostró muy sorprendido de que todos estos salones rebosaban de gente, así que me preguntó: “Por favor dígame, ¿cuál es su secreto? ¿Cómo hace para que tanta gente asista a sus reuniones?”. Después de lo cual procedió a explicarme que solamente unas semanas atrás habían celebrado una campaña de evangelización con un predicador famoso. Ellos habían puesto un aviso en los periódicos, en el que con letras muy grandes anunciaban al predicador de fama mundial que había venido a dar los mensajes. A pesar de ello, sólo lograron reunir un número reducido de personas. Él me contó, además, que había preguntado a los que asistían a nuestras reuniones quién daría el mensaje esa noche, pero que ellos no habían sabido responderle. Este misionero realmente se encontraba perplejo. Él me preguntó: “¿Cómo es posible convocar tales multitudes cuando ni siquiera se sabe quién va dar el mensaje? Por favor, dígame su secreto”. Yo le dije: “Hermano, realmente me es muy difícil explicarle este secreto. Si usted verdaderamente quiere aprender el secreto, tiene que reunirse con nosotros por lo menos unos dos años. Sólo entonces podrá conocer nuestro secreto”. ¿Por qué es que ellos siembran tanto y, sin embargo, cosechan tan poco? Ellos celebran un estudio bíblico tras otro y organizan un avivamiento tras otro; sin embargo, siguen tan secos e insatisfechos. ¿Por qué? “Por cuanto Mi casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a su propia casa.”

En el verano de 1968, más de ciento cuarenta hermanos y hermanas de los Estados Unidos visitaron las iglesias en Taiwán. Una noche, la iglesia en Taipei celebró un bautismo para aproximadamente cuatrocientas personas. Durante esa reunión nos visitó un misionero estadounidense, quien nos contó cuánto habían laborado en Taipei —incluso hasta el punto de desgastar las suelas de sus zapatos— sin obtener el fruto deseado. Él mostró cierto resentimiento hacia la iglesia en Taipei debido a que ésta tenía tanto fruto. Él llegó a decir que probablemente muchos de los que se bautizaban esa noche eran fruto de la labor de los misioneros en Taipei. Pero yo pude decirles a los hermanos que si él podía reconocer a uno solo de los que estaban

siendo bautizados, le daría la razón. En realidad, había amargura en él debido a que habían laborado mucho y, sin embargo, no habían logrado nada. ¿Por qué? Simplemente porque ellos laboraban en pro de su propia obra y no para la casa del Señor. ¡El secreto es la iglesia local! El secreto es la edificación de las iglesias locales. En esto consiste edificar la casa del Señor.

Esto no solamente se aplica a los asuntos espirituales, sino también a los asuntos materiales. Tengo plena certeza de que si tomamos los asuntos del recobro del Señor en serio, Él nos bendecirá mucho, incluso materialmente. Si nos hemos establecido en el terreno apropiado y somos íntegros con el Señor respecto a la obra de recobro que Él realiza, el rocío descenderá de los cielos cuando padezcamos alguna necesidad. Todo cuanto hagamos, lejos de ser árido, contará con el abundante suministro de agua refrescante. No solamente percibiremos el rocío, sino también las corrientes de aguas como un río. Disfrutaremos de bendiciones tanto espirituales como materiales.

En todos los lugares que visito siempre me hacen estas mismas preguntas. Primero: “¿Cómo celebran sus reuniones?”. Siempre les digo que vengan y vean. Segundo: “¿Dónde está su sede, su centro de operaciones?”. Siempre les respondo que no tenemos un centro de operaciones, a menos que sean los lugares celestiales. Después de lo cual ellos siempre me preguntan: “¿Cómo recaudan fondos? Puesto que la obra es muy grande, seguramente requieren de mucho dinero. ¿Cómo lo obtienen?”. Yo les respondo: “Sí, es cierto que gastamos mucho dinero, pero no hemos adoptado método alguno para reunirlos”. En realidad no tenemos método alguno y tampoco hablamos de dinero. A mí no me gusta hablar de dinero, ¡me encanta hablar de Cristo! Pero, alabamos al Señor pues ¡nunca nos ha hecho falta el dinero! ¿Por qué? “Mía es la plata, y Mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos” (Hag. 2:8). Si nuestro único encargo es la edificación de la casa del Señor, entonces todo es nuestro.

Cuando dimos inicio a la tarea de publicar el himnario, no teníamos siquiera un dólar en nuestros bolsillos. Finalmente, invertimos más de treinta y un mil dólares para que se realizara la impresión. Al comenzar dicha labor, no sabíamos que nos iba a costar tanto; pero ¡alabado sea el Señor!, jamás nos faltó nada. Ahora contamos con un himnario excelente para las iglesias locales.

Si hemos de laborar para el Señor, el lugar más bendecido en donde laborar son las iglesias locales. Allí, basta con sembrar un poco para obtener buena cosecha. Allí, basta con comer y beber un poco para sentirse plenamente satisfechos. Allí, basta con dos panes y cinco peces para alimentar a más de cinco mil, y sobra abundantemente. Hermanos, es así como opera el Señor. Si estamos dedicados a la edificación de Su casa, entonces todo cuanto Él es y tiene estará a nuestra disposición. Verdaderamente, nada es para nosotros; todo es para el cumplimiento del propósito divino, el cual consiste en edificar la casa del Señor, la iglesia local. ¡Alabado sea el Señor!

CAPÍTULO CINCO

CRISTO LO ES TODO PARA EL EDIFICIO DE DIOS

Lectura bíblica: Zac. 1—8

En este capítulo abordaremos otro libro maravilloso que forma parte de los libros del recobro, esto es, Zacarías. No se imaginan cuánto aprecio este libro. Hace algunos años éste era un libro cerrado para mí, pero después, debido al recobro de las iglesias locales, llegó a ser un libro abierto; es decir, ha llegado a ser un libro diáfano y transparente en su totalidad, desde la primera página hasta la última. Por supuesto, ahora no tenemos tiempo para estudiarlo minuciosamente, pero debo decirles que ningún otro libro del Antiguo Testamento nos dice tanto acerca de Cristo. Ni siquiera Isaías puede comparársele. Aunque Isaías tiene sesenta y seis capítulos mientras que Zacarías sólo tiene catorce, Zacarías nos muestra más aspectos de Cristo que Isaías.

Los catorce capítulos de Zacarías se dividen en dos secciones: los primeros ocho capítulos conforman la primera sección, y los últimos seis capítulos constituyen la segunda sección. En la primera sección encontramos ocho visiones, por medio de las cuales le fueron revelados al profeta Zacarías diversos aspectos de Cristo en relación con el recobro del edificio de Dios; en la segunda y última sección de este libro, Zacarías profetiza sobre Cristo en el futuro, es decir, después que el templo ha sido restaurado.

EL DESEADO DE TODAS LAS NACIONES

Antes de abordar el libro de Zacarías, es menester que veamos algo más con respecto a Hageo. En el libro de Hageo no se habla mucho acerca de Cristo. El profeta Hageo intervino en un momento en que la oposición había conseguido debilitar al gobernador, al sumo sacerdote y al pueblo en general. Todos estos habían abandonado la edificación del templo para dedicarse a sus propias casas y a sus propios intereses. Hageo intervino a fin de reprenderlos y fortalecerlos. Luego, el Espíritu de Dios nuevamente despertó el espíritu del gobernador, el espíritu del sumo sacerdote y el espíritu del remanente del pueblo (Hag. 1:14). Este versículo menciona tres veces que Jehová despertó el espíritu humano. Además, el Señor les recordó que desde el día en que los sacó de Egipto, Su Espíritu jamás los había dejado. Era el espíritu humano de ellos el que necesitaba ser despertado.

Aquí vemos que el recobro que Dios efectúa con respecto a Su edificio está estrechamente vinculado a nuestro espíritu humano y al Espíritu divino del Señor. Nuestro espíritu humano tiene que ser despertado por Su Espíritu divino. Esto no es algo que dependa de nuestra mente o de nuestras emociones, sino que depende por completo de Su Espíritu en nuestro espíritu.

El libro de Hageo también indica que cuando Dios logre recobrar de manera prevaleciente la edificación de la casa del Señor, entonces Cristo vendrá. En el libro de Hageo se profetiza acerca de Cristo como: “el Deseado de todas las naciones”. Allí dice: “Y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Hag. 2:7). Cristo, el Deseado de todas las naciones, vendrá. ¿Ha notado usted que todas las naciones tienen cierta clase de deseo o anhelo? En lo profundo de todos los seres humanos existe el deseo de obtener paz, reposo y satisfacción. Pero, ¿tienen ellos alguna

medida de paz, reposo y satisfacción? Todos sabemos cuán convulsionada se encuentra actualmente la situación mundial, en la que abundan las tensiones, los disturbios y las guerras. Simplemente, los hombres no hallan paz, ni reposo ni satisfacción. Pero nosotros sabemos quién es la paz, el reposo, la seguridad y la satisfacción. ¡Es Cristo, el Deseado de las naciones! Si bien, en cierto sentido, el mundo es contrario a Cristo, aún así, Cristo es el Deseado de todas esas naciones. ¿Pero cómo es que Cristo podrá venir como el Deseado de las naciones? ¡Únicamente si la edificación de la casa de Dios es recobrada! El que las iglesias locales sean recobradas guarda estrecha relación con la venida de Cristo como el Deseado de todas las naciones.

Consideremos otra vez la situación. Debido a la degradación del pueblo de Dios, éste fue llevado cautivo de la tierra de Canaán a Siria y a Egipto, y la mayoría fue llevado en cautiverio a Babilonia. Supongamos que ninguno de ellos hubiera retornado de alguno de estos tres lugares de cautiverio a Jerusalén y a la tierra prometida. ¿Cómo entonces podría haber ocurrido la primera venida de Cristo? Fue profetizado con toda claridad que Cristo, el Mesías, nacería en Belén y que procedería del pueblo de Dios. Sin embargo, todo el pueblo de Dios había sido llevado lejos, y si ninguno de ellos hubiera regresado, ¿cómo podría entonces nacer Cristo del pueblo de Israel en Belén? No habría la menor posibilidad de que esto ocurriera. Así pues, debe ser patente para nosotros cuán importante es regresar de la cautividad, no solamente para llevar a cabo la edificación del templo, sino más aún, para hacer posible la venida del Deseado de todas las naciones.

Hoy en día, muchos cristianos queridos aman al Señor y están dedicados a laborar para Él; pero todavía discuten con nosotros diciendo: “¿Por qué deberíamos todos retornar a las iglesias locales? ¿Acaso no se dan cuenta ustedes de que lo que nosotros hacemos es algo bueno y que lo hacemos para el Señor?”. Sin embargo, debemos analizar la situación. Quizás ellos hagan muchas cosas para el Señor en Babilonia, pero les será imposible hacer que el Señor regrese. Es imposible que el Señor, el Deseado de todas las naciones, retorne al lugar de cautiverio. A fin de que Él regrese, un remanente de Su pueblo debe volver al terreno original. ¡Estoy convencido de que las iglesias locales serán las que hagan posible el retorno del Señor! No importa cuánto se esfuercen en trabajar para Dios quienes hayan permanecido en Babilonia, ellos jamás podrán hacer que Cristo retorne. En el libro de Hageo vemos claramente que la obra de recobro respecto a la edificación de la casa de Dios está íntimamente vinculada a la venida de Cristo como el Deseado de las naciones. Sabemos que Él no vino a quienes estaban en Babilonia, sino a los que habían retornado a la tierra de Israel.

EL SACERDOTE-PROFETA

Hageo no dice nada más acerca de Cristo. Pero en la Biblia siempre está presente el principio que rige todo testimonio. Para llevar a cabo la obra de recobro, el Señor no solamente envió un profeta, sino que Él envió dos profetas al pueblo de Israel. El número dos significa testimonio. El Señor no solamente envió a Hageo, sino también a Zacarías. En el caso de Hageo resulta muy difícil averiguar de qué familia procedía, pero en el caso de Zacarías vemos claramente que él procedía de una familia de sacerdotes; así que, Zacarías fue un sacerdote-profeta. Su profecía se basó en su sacerdocio. Él habló mucho sobre Cristo debido a que su ministerio tenía como base el sacerdocio. Hoy en día, en el recobro del Señor, ciertamente los profetas como Hageo son muy necesarios a fin de que nos fortalezcan, nos adviertan y despierten nuestro espíritu; pero los profetas como Zacarías son aún más necesarios. Hageo tiene sólo dos capítulos, mientras que Zacarías tiene catorce, o sea, es siete veces más extenso que Hageo. No necesitamos tanto del ministerio de Hageo, pero necesitamos mucho del ministerio de Zacarías. Esto se debe a que el ministerio de Zacarías es el ministerio del sacerdocio.

Hoy son muchos los que asumen el ministerio profético, pero que carecen del ministerio sacerdotal. En 1960, en la costa oeste de los Estados Unidos, se inició un movimiento pentecostal que fue muy prevaeciente por unos tres o cuatro años. Ese movimiento ahora ya no es tan prevaeciente debido a una profecía que jamás se cumplió. En 1963, algunos miembros de dicho movimiento profetizaron que en 1964 habría un gran terremoto en Los Ángeles; sin embargo, llegó tal fecha y nada sucedió. Yo les dije a los hermanos que no se dejaran turbar por tales movimientos, pues tarde o temprano cesarían debido a sus propias profecías. Ellos profetizaron, pero sus profecías no se cumplieron. Hoy en día, en el recobro de la iglesia, no necesitamos esa clase de profetas. Lo que necesitamos son los sacerdotes-profetas. Necesitamos a los profetas que son verdaderos sacerdotes, que tienen una relación fresca y vital con el Señor y que conocen de Cristo. Lean una y otra vez el libro de Zacarías, y se percatarán de que él no vaticinaba nada; lo único que anunciaba era a Cristo mismo. Él sólo sabía hablar de Cristo, debido a que él era un sacerdote que tenía contacto con el Señor todo el tiempo. Ciertamente necesitamos de Hageo, pero necesitamos más de Zacarías. Necesitamos de Zacarías siete veces más que de Hageo.

EL MISTERIO DE CRISTO

Todos entienden el libro de Hageo. “Sembráis mucho, y recogéis poco; coméis, y no os saciáis; bebéis, y no quedáis satisfechos; os vestís, y no os calentáis; y el que trabaja a jornal recibe su jornal en saco roto” (Hag. 1:6). Es fácil entender esto. Hageo también dice: “Pues ahora, Zorobabel, esfuézzate, dice Jehová: esfuézzate también, Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote; y esforzaos, pueblo todo de la tierra, dice Jehová, y trabajad; porque Yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos” (2:4). Todos pueden entender esta clase de profeta.

Pero Zacarías no es tan fácil de entender: “Vi de noche, y he aquí un varón que cabalgaba sobre un caballo rojo, el cual estaba entre los mirtos que había en la hondura; y detrás de El había caballos rojos, overos y blancos” (Zac. 1:8). ¿Qué es esto? Un hombre cabalga sobre un caballo rojo en medio de mirtos que están en una hondonada. ¿Qué significa esto? Tenemos que reconocer que Zacarías no es tan sencillo como Hageo. Podemos entender lo que dice Hageo, pero ¿no sabemos de qué habla Zacarías!

En Zacarías vemos algo mucho más profundo. Esto es el misterio de Cristo. Primero, vemos a un hombre que cabalga sobre un caballo rojo entre los mirtos que se encuentran en lo profundo de la hondura; después se nos presenta la visión de los cuatro cuernos y los cuatro artesanos. La tercera visión consiste en que un cordel de medir fue extendido sobre la ciudad de Jerusalén. Y la cuarta visión nos muestra a Josué, el sumo sacerdote, delante del ángel del Señor. ¿Quién es el ángel del Señor? Mientras Josué comparecía frente al ángel, Satanás estaba a su lado. Entonces, el ángel del Señor le cambia las vestiduras a Josué, pues las vestiduras de Josué eran inmundas y daban lugar a las acusaciones de Satanás. Después, el ángel le dijo a Josué que Él produciría una piedra con siete ojos, la cual, a su vez, es el Renuevo. ¿Qué significa todo esto? La quinta visión nos muestra un candelero de oro que tiene siete lámparas y siete tubos llenos de aceite. La sexta visión nos presenta un rollo que vuela. ¡Cuan extraño es todo esto! Después del rollo que vuela, hay una cesta de medir, llamada efa. Y en la octava visión hay cuatro carros. ¿De qué estaba hablando Zacarías? ¡Ciertamente es mucho más fácil entender que habrá un terremoto en la ciudad de Los Ángeles!

Hermanos y hermanas, tenemos que ver que este misterio es el misterio de Cristo. Hoy en día, en el recobro de la casa del Señor, no necesitamos tanto de profetas como Hageo. Aún así, hoy en día casi todos los profetas que hay son como Hageo. ¿Han escuchado alguna profecía sobre Cristo como el misterio de Dios? Éste es el problema actualmente. Hay demasiados Hageos, pero difícilmente se encuentran Zacarías. Hageo únicamente prepara el camino para que las profecías sean transmitidas, y Zacarías viene después. En el recobro de las iglesias locales necesitamos más

profecías como las de Zacarías, más profecías acerca de Cristo. Hoy en día rara vez escuchamos la voz de un Zacarías, debido a que sus palabras son misteriosas; tales profecías tratan de temas ajenos al concepto humano. Necesitamos la visión celestial para percibir claramente las cosas relacionadas con Cristo, las cuales, a su vez, guardan estrecha relación con el recobro de la edificación de la casa de Dios.

EL HOMBRE QUE CABALGA SOBRE EL CABALLO ROJO

¿Quién es el hombre que cabalga sobre el caballo rojo y entre los mirtos? Es Cristo. Los mirtos son el pueblo de Israel, y en ese tiempo ellos realmente se encontraban en una hondonada, pues estaban en cautiverio. Babilonia jamás está en la cima, sino que siempre está en las profundidades. ¿A usted le gusta vivir y laborar en las profundidades? ¿Por qué entonces ama tanto Babilonia? Todos debemos retornar a Jerusalén. Tal vez ustedes piensen que Babilonia es un buen lugar, pero tienen que darse cuenta de que Jerusalén está en la cima, mientras que Babilonia está en las profundidades.

En los últimos años, cuando aquellos que laboraban en las denominaciones venían a hablar con nosotros, ellos siempre nos daban la impresión de encontrarse en una hondura. Ellos estaban en las hondonadas. Incluso ellos mismos percibían que no estaban en la cumbre. Pero cuando retornamos a las iglesias locales, estamos en la cima, no importa cuánto los demás se opongan a nosotros. Incluso cuando ellos proclaman que nosotros estamos equivocados, al escucharlos hablar así podemos percibir que ellos saben que nosotros estamos en la cumbre, mientras que ellos se encuentran en la hondonada.

Los mirtos no son árboles majestuosos como el cedro o el pino, sino árboles pequeños que crecen en las hondonadas. Ellos representan al pueblo de Israel en cautiverio. Ellos estaban en la hondura; sin embargo, ¡alabado sea el Señor! el Señor Jesús estaba con ellos. Pero, ¿cómo estaba Él con ellos? Muchas veces la gente nos pregunta: “¿No les parece que si tenemos a Cristo, con eso basta? ¿Acaso Cristo no está con nosotros?”. Sí, Cristo está entre los que se encuentran en la hondonada, pero, ¿con qué propósito? ¡A fin de sacarlos de allí! No hay palabras humanas que puedan expresar cuánta misericordia y amor el Señor manifiesta hacia aquellos que se encuentran cautivos. Él incluso acompaña a los creyentes que todavía están en la Iglesia Católica. Pero, ¿piensan ustedes que Cristo está con ellos a fin de que permanezcan allí? No, Él está con ellos a fin de sacarlos de allí. Él no está allí durmiendo cómodamente, sino que cabalga para sacarlos de ese lugar. Él no tiene la menor intención de establecerse allí; ciertamente el catolicismo no es donde Él reside. Ese lugar es una hondonada. Él tampoco reside en las denominaciones ni con los grupos independientes, pues ellos también están en una hondonada. Si bien Cristo está allí con ellos, Él sólo pasa por allí cabalgando. Él no es un mirto que ha echado raíces en la hondonada. Quizás usted esté plantado allí, pero Él no. ¡Él está cabalgando! Esto es muy significativo.

¡Él cabalga sobre un caballo rojo! Esto significa sacrificio y redención. Y Él oró por los que estaban cautivos: “Oh Jehová de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás compasión de Jerusalén, y de las ciudades de Judá, con las cuales has estado airado por espacio de setenta años?” (Zac. 1:12). Cristo oró por aquellos que se encontraban en la hondonada. Éste es el anhelo de Cristo que se expresa en Su intercesión por los que se hallan en cautividad. Y Dios le responde: “Yo me vuelvo a Jerusalén con compasión; en ella será edificada Mi casa, dice Jehová de los ejércitos, y el cordel de medir será tendido sobre Jerusalén” (v. 16). Tengo absoluta certeza de que el recobro que el Señor está realizando hoy responde a la intercesión de Cristo, en la cual Él intercede por aquellos que todavía se encuentran en la hondonada.

LOS CUATRO CUERNOS

En la segunda visión, Dios hace surgir cuatro cuernos y cuatro artesanos a fin de propiciar el retorno de los cautivos. Estoy convencido de que actualmente todavía contamos con los cuatro cuernos. Hace veinte años nunca soñé con que habría una iglesia local en Los Ángeles. Muchos saben que yo no tenía la menor intención de venir a este país. Pero el Señor hizo que la situación fuese la más propicia para ello. Cristo estaba intercediendo por los cautivos, y el Padre respondió haciendo que el rey de Persia enviara a los cautivos de regreso a Jerusalén. Este rey era uno de los cuatro cuernos. Los cuernos son aquellos que en una determinada situación tienen el poder necesario para posibilitar el retorno del pueblo a Jerusalén. Cristo intercedió por los que estaban en la cautividad, y el Padre respondió haciendo surgir los cuernos que hicieran posible el retorno de la cautividad. Tengo la convicción de que lo mismo sucede hoy en día.

AQUEL QUE ENVÍA Y AQUEL QUE ES ENVIADO

En la tercera visión, un cordel de medir fue tendido sobre Jerusalén a fin de que ésta fuese reposesida por el Señor. Medir algo significa tomar posesión de ello. El Señor tomará posesión de Jerusalén. Esto significa que hoy el Señor tomará posesión de las iglesias locales. ¡Aleluya! ¡El cordel de medir ha sido tendido sobre los Estados Unidos!

En esta visión podemos ver que el Señor es tanto Aquel que envía como Aquel que es enviado. “Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos: Tras la gloria me enviará El a las naciones que os están despojando; porque el que os toca, toca a la niña de Su ojo” (2:8). Si nos fijamos en el contexto, veremos que Aquel que envía y Aquel que es enviado, son idénticos. Jehová de los ejércitos es quien envía, y Él es también el enviado. Cristo es quien envía, y Él también es el enviado. Hoy, Cristo no solamente es la vida que fluye en el recobro de las iglesias locales, sino que también es Aquel que envía y Aquel que es enviado. Él se envía a Sí mismo para operar en la situación de tal manera que las iglesias locales puedan ser recobradas.

EL RENUEVO

La cuarta visión nos muestra a Josué, quien representa el sacerdocio, compareciendo delante del Señor, con Satanás a su lado para oponérsele (3:1). El problema radicaba en que Josué aún vestía las vestiduras inmundas traídas de Babilonia. Jamás debemos retornar a Jerusalén trayendo cosas viejas. Todas las viejas ideas, los viejos métodos, las viejas enseñanzas y las viejas opiniones tienen que ser desechadas. Si nos miramos a nosotros mismos, veremos cuán viejos somos. Hemos regresado, pero ¿qué acerca de nuestras vestiduras? Mientras permanezcamos en nuestra vejez, seguiremos bajo las acusaciones del enemigo. Si bien estamos en la posición correcta, nuestra condición está errada. Hemos salido de Babilonia, pero Babilonia no ha salido de nosotros. Tantas cosas del cristianismo todavía están con nosotros. No sólo es necesario que tengamos una nueva posición, sino también que nuestra condición cambie. Las viejas vestiduras deben ser desechadas y tenemos que ponernos nuevas vestiduras. Cristo es nuestra nueva vestidura. Tenemos que abandonar todas las cosas viejas pertenecientes a Babilonia; tenemos que despojarnos de todo formalismo, toda enseñanza, todo concepto, opinión, o cosa parecida, que provenga del cristianismo. Es necesario algo nuevo, y esta novedad es Cristo. Cristo tiene que ser nuestra cubierta y nuestra vestidura.

En algunos lugares el pueblo del Señor se ha establecido en el terreno de la iglesia, pero todavía conserva las viejas enseñanzas y su antigua manera de proceder; esto ha dado lugar a las acusaciones de Satanás. Tenemos que cambiar nuestras vestiduras y despojarnos de todo lo viejo a fin de que podamos ser revestidos con algo nuevo de Cristo. Y no solamente necesitamos

vestiduras, sino también la mitra, es decir, la corona. Cristo tiene que ser nuestras vestiduras y nuestra corona.

Fue después de esto que Josué estuvo en una posición que hizo posible la venida del Renuevo, el cual es Cristo como Aquel que produce fruto. En el recobro de las iglesias locales, necesitamos experimentar a Cristo como el Renuevo que produce fruto. Necesitamos el crecimiento de la vida divina, así como también la capacidad de producir fruto que es propia del Renuevo. Este Renuevo es también una piedra. El Renuevo tiene como fin producir fruto, mientras que la piedra tiene como fin la edificación. Las iglesias locales pueden ser edificadas únicamente por Cristo como el Renuevo y como la piedra. Esta piedra es el fundamento que tiene siete ojos. Hemos visto en el libro de Apocalipsis que los siete ojos son los siete Espíritus de Dios. Éste es el Espíritu que se ha intensificado siete veces para recobrar la obra de edificación de Dios. Esta visión es muy clara. Necesitamos vestirnos de Cristo para estar en la posición requerida a fin de experimentar a Cristo como Aquel que produce y como la piedra que sirve de fundamento, lo cual se realiza en virtud del Espíritu intensificado, todo con miras a recobrar la edificación.

EL CANDELERO

Después, tenemos la visión del candelero. Después de la visión de Cristo como el Renuevo fructífero y la piedra de fundamento, la cual incluye a los siete Espíritus, tenemos el candelero. Es entonces que se hace la siguiente declaración: “No con poder, ni con fuerza, sino con Mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6). Esta obra se lleva a cabo mediante los siete Espíritus de la piedra que sirve de fundamento. Además, Él no solamente es la piedra de fundamento, sino que también es la piedra principal, es decir, la piedra cimera, la piedra de remate con la que se concluye la edificación y la cual cubre toda la casa. Cristo es la piedra de fundamento y también la piedra cimera, la piedra de remate. Cristo es el cimiento para la edificación de las iglesias locales, y Él es también la piedra cimera de las iglesias locales.

EL ROLLO QUE VUELA

La sexta visión consiste en un rollo que vuela, el cual depura la situación imperante en el pueblo. El pueblo había dado lugar a ciertas cosas malignas, y esta visión fue dada a fin de purgar tales cosas.

Después se nos muestra la visión de un efa, la cual nos da a entender que aún había muchos elementos babilónicos entre los cautivos que habían retornado a Jerusalén. El Señor dijo que estas cosas babilónicas tenían que ser devueltas a Babilonia. Estas dos visiones nos muestran que en el recobro del Señor todas las cosas pecaminosas tenían que ser purgadas, y todo lo que fuese de Babilonia debía ser devuelto a Babilonia. Que todo lo de Babilonia retorne allá. El lugar que le corresponde a las cosas del cristianismo es Babilonia, y no el recobro del Señor. Todo cuanto hayamos traído de Babilonia, debemos enviarlo de regreso.

LOS CUATRO CARROS

La octava visión, la visión de los cuatro carros, está relacionada con el juicio. El Señor habrá de juzgar la situación en su totalidad.

No necesitamos ver todas estas visiones en detalle, pero sí tenemos que ver que Cristo lo es todo. Él es el Renuevo fructífero. En el edificio de Dios, Cristo es la piedra que sirve de fundamento y también la piedra cimera. Ahora, Cristo es el Rey que está en el trono y es, también, el Sacerdote; Él tiene el sacerdocio y el reinado. En Él se unen ambos ministerios. Así que, Él es quien edifica

el templo de Dios. Cristo es el Renuevo, Él es el Rey y Él es el Sacerdote; por tanto, Él es el Edificador. Por eso necesitamos experimentar a Cristo como el Renuevo que produce fruto, como el Rey que ejerce la autoridad y el reinado, y también como el Sacerdote que ejerce el sacerdocio, a fin de que Él llegue a ser el verdadero Edificador que edifica las iglesias locales.

La visión acerca de Cristo en Zacarías está relacionada con el recobro del edificio de Dios. Cristo es quien cabalga sobre un caballo rojo entre aquellos que se encuentran cautivos y quien intercede por su retorno. Él es el Renuevo, la piedra de fundamento, la piedra cimera, el Rey que ejerce el reinado y el Sacerdote que ejerce el sacerdocio. Y ahora, Él es el Edificador. Así que, tenemos que disfrutarle y experimentarle como el Renuevo a fin de que brote la vida, y tenemos que experimentarle como el Rey para que el reinado sea ejercido y como el Sacerdote para que el sacerdocio sea ejercido. Sólo entonces podremos participar en el recobro de la edificación de la casa del Señor. Éste es Cristo visto en todas las visiones relacionadas con el recobro de la edificación de la casa de Dios.

CAPÍTULO SEIS

LA PRIMERA Y LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Lectura bíblica: Zac. 9—14

En el recobro del Señor hay tres ministerios: el sacerdocio, el reinado y el ministerio profético. Hemos visto que el ministerio profético se manifiesta en dos clases de profetas. Uno es representado por Hageo, y el otro, por Zacarías. Hageo ayudó al pueblo a esforzarse en la obra y, a la vez, les habló un poco acerca de Cristo como el Deseado de todas las naciones. Enseguida, vino Zacarías, quien anunció al pueblo el misterio de Cristo. El ministerio del profeta Zacarías está centrado en Cristo, y nos muestra que en el recobro realizado por Dios, es indispensable que Cristo ocupe el primer lugar. En los libros de recobro —Esdras, Nehemías, Hageo y Zacarías—, en última instancia no se presenta nada más que al propio Cristo. El recobro consiste en recobrar la obra de edificación de la casa de Dios, pero esto tiene como finalidad a Cristo.

CRISTO EN EL FUTURO

La primera sección de Zacarías nos muestra claramente que en el recobro que Dios realiza, Cristo lo es todo. Pero Zacarías no solamente profetiza sobre Cristo en el presente, sino también sobre Cristo en el futuro. Los últimos seis capítulos de Zacarías se ocupan de esto. Estos seis capítulos pueden dividirse en dos secciones: del capítulo nueve al once, y del capítulo doce al catorce. En la primera sección, Zacarías profetizó sobre Cristo como el Rey ungido, el cual fue rechazado por la gente. Por supuesto, esto se relaciona con la primera venida del Señor. Él vino primero como el ungido de Dios; no obstante, fue rechazado. En la segunda y última sección vemos que el Rey que anteriormente fue rechazado, ahora es recibido como Rey. Esto se refiere a la segunda venida de Cristo. Así pues, Zacarías profetizó tanto sobre la primera venida de Cristo como sobre Su segunda venida.

Hoy en día, la iglesia en el recobro del Señor debe testificar respecto a las dos venidas de Cristo. Tenemos que dar testimonio ante los demás sobre cómo Cristo vino la primera vez y cómo vendrá una segunda vez. No basta con que solamente afirmemos que Cristo ocupa el primer lugar en el recobro que Dios realiza, sino que además debemos anunciar Sus dos venidas, tanto la primera como la segunda venida de Cristo.

CRISTO FUE RECHAZADO POR LOS HOMBRES

¿Cómo vino Cristo la primera vez? ¿Cómo vendrá la segunda vez? Esto es revelado claramente en la última sección del libro de Zacarías. Zacarías es un libro breve, pero muy profundo. Es más fácil entender Isaías que Zacarías. Es relativamente fácil entender Isaías 53, pero no es tan fácil entender los últimos tres capítulos de Zacarías. “Apacenté, pues, el rebaño de la matanza, esto es, a los afligidos del rebaño” (Zac. 11:7). ¿Quién es éste? Por supuesto, en aquel tiempo estas palabras se referían al propio Zacarías, pero si seguimos leyendo veremos que ellas se refieren a Cristo. Es Cristo quien fue vendido por treinta piezas de plata: esto se menciona en Mateo 26:14-16 y 27:3-10. Así que, es Cristo quien alimenta al rebaño. Por eso Cristo afirma, en el capítulo diez de Juan, que Él es el buen Pastor.

En Zacarías 11:7 continúa diciendo: “Y tomé para mí dos cayados: al uno puse por nombre Benevolencia, y al otro Ataduras; y apacenté el rebaño”. Una mejor manera de traducir la palabra “benevolencia”, en este versículo, es *gracia*. “Y el Verbo se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros ... lleno de gracia” (Jn. 1:14). Además, es mejor traducir la palabra “ataduras” como *unidad*. Así pues, Cristo vino trayendo la gracia y la unidad. Estos son los dos cayados de nuestro Pastor divino. Cuando Él nos alimenta, disfrutamos de la gracia; entonces, somos uno, y la unidad se manifiesta entre nosotros.

“Y destruí a tres pastores en un mes; pues mi alma se impacientó contra ellos, y también el alma de ellos me aborreció a mí” (Zac. 11:8). Si leemos Mateo 16:21, vemos que estos tres pastores eran los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas. Ellos conformaban las tres clases de pastores que había entre el pueblo de Dios cuando el Señor Jesús vino a la tierra la primera vez. Él vino como el Pastor para alimentar al rebaño de Dios con la gracia a fin de que la unidad pudiera manifestarse entre ellos. Pero estos tres pastores se le opusieron, así que el Señor los eliminó. “Pues mi alma se impacientó contra ellos, y también el alma de ellos me aborreció a mí.” Todos los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas aborrecían al Señor, y Él los abandonó. En realidad, ¡ellos no eran pastores, sino ladrones! Y el pueblo les hizo caso y aborreció también al Señor; por lo cual Él dice: “No os apacentaré; la que muriere, que muera; y la que se destruyere, que se destruya; y las que quedaren, que cada una coma la carne de su compañera” (Zac. 11:9). Esto verdaderamente se cumplió después de la muerte y resurrección de Cristo. El pueblo judío comenzó a destruirse a sí mismo.

“Tomé luego mi cayado Benevolencia [gracia], y lo quebré, para romper mi pacto que concerté con todos los pueblos. Y fue deshecho en ese día, y así conocieron los afligidos del rebaño que miraban a mí, que era palabra de Jehová. Y les dije: Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata. Y me dijo Jehová: Échalo al alfarero; ¡hermoso precio con que me han apreciado! Y tomé las treinta piezas de plata, y las eché en la casa de Jehová al alfarero” (vs. 10-13). Según Éxodo 21:32, un esclavo costaba treinta piezas de plata. Cristo fue estimado como esclavo, y Judas lo traicionó por ese precio. El Señor vino como el Pastor, pero fue rechazado, traicionado y vendido como esclavo por treinta piezas de plata.

CRISTO FUE HERIDO POR DIOS

Tenemos que leer Zacarías 13:7: “Levántate, oh espada, contra Mi Pastor, y contra el hombre Compañero Mío, dice Jehová de los ejércitos. Hiere al Pastor, y serán dispersadas las ovejas; y haré volver Mi mano contra los pequeñitos”. Ésta es la palabra de Dios, en la cual Dios habla de un hombre que es Su compañero, Su semejante. Él es un hombre y, sin embargo, es el compañero de Jehová de los ejércitos. Él es un hombre, pero es igual a Dios por ser Su semejante, Su compañero. Esto nos muestra cómo Jesús vino como un hombre para ser el Pastor que nos apacienta con gracia y unidad. Pero Él fue rechazado, aborrecido y traicionado, por lo cual se le puso precio y fue vendido por treinta piezas de plata, tal como un esclavo. Sin embargo, los hombres no solamente lo rechazaron y traicionaron, sino que Dios mismo le hirió. “Hiere al pastor.” Él fue herido por Dios en la cruz. Los hombres lo traicionaron por treinta piezas de plata pero, después de esto, fue herido en la cruz por Dios mismo.

EL MISTERIO RESPECTO AL RECOBRO

En base a todos estos versículos podemos ver que Isaías es mucho más fácil de entender que Zacarías. En su mayor parte, todo lo profetizado por Zacarías se halla velado y escondido; esto se debe a que son profecías relacionadas con el recobro. Todo lo relativo al recobro se halla escondido y constituye un misterio para aquellos que no toman parte en dicha obra de recobro. A

ello se debe que la gente no pueda entendernos. Ellos siempre están tratando de entender, pero jamás lo consiguen. Hasta que usted venga al recobro, esto es, a las iglesias locales, jamás podrá entender; siempre habrá algo escondido, algo misterioso. Ésta ha sido la experiencia de todos los que finalmente participan en el recobro del Señor, ya que al inicio no tenían las cosas tan claras. Incluso después de dos o tres meses, ellos todavía no entendían las cosas claramente. Pero después de dos o tres años, ¡todo estaba tan claro para ellos!

Ésta es la razón por la cual se le hace tan fácil al enemigo propagar tantos rumores falsos acerca de nosotros. Satanás sabe que las iglesias locales son las únicas que pueden causarle problemas serios, así que se dedica a difundir muchos rumores entre aquellos que no entienden. Antes que el pueblo de Israel entrara en Canaán, los cananitas hablaban mucho sobre ellos. ¿Por qué? Simplemente porque les tenían miedo. Hoy en día ocurre lo mismo. Somos pocos y, sin embargo, se habla tanto de nosotros en el país entero. Todo lo relacionado con el recobro que el Señor realiza es un secreto. A menos que usted permanezca en el recobro por un considerable período de tiempo, seguirá teniendo algunos conceptos errados al respecto. Es necesario que usted participe en el recobro por unos dos o tres años, pues sólo entonces tendrá las cosas claras. Todo en el recobro del Señor es misterioso. Por ello, las profecías en Zacarías nos son dadas secretamente. Pero, ¡alabado sea el Señor! ¡Estas profecías pueden ser entendidas en las iglesias locales!

Zacarías nos dice que Cristo vino como un hombre para constituirse en el Pastor que alimenta el rebaño de Dios, con la finalidad de que podamos disfrutar de la gracia y la unidad. Sin embargo, los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas lo aborrecieron, por lo cual lo traicionaron vendiéndolo por el precio de un esclavo. Incluso Dios mismo le hirió a fin de efectuar la redención, y cuando Él fue herido por Dios, las ovejas fueron dispersadas. El Señor mismo citó estas palabras en Mateo 26:31. En este pasaje, vemos a Pedro diciéndole al Señor que habría de seguirle hasta el fin, pero el Señor le dijo que Dios heriría al pastor y que las ovejas serían dispersadas.

UN MANANTIAL ABIERTO

Zacarías incluso nos habla de la cruz de una manera misteriosa: “Y le preguntarán: ¿Qué heridas son estas en tus manos? Y él responderá: Con ellas fui herido en casa de mis amigos” (Zac. 13:6). Ciertamente, ésta es una manera enigmática de hablar sobre la cruz. A pesar de que el Señor vino a la casa de Sus amigos, Él fue herido por ellos, y tales llagas son visibles en Sus manos. Esto significa que Sus manos fueron clavadas en la cruz. Algunas versiones incluso dicen: “¿Qué heridas son éstas entre Tus brazos?”. Esto se refiere al hecho de que Jesús fuera traspasado por una lanza en su costado. Así pues, ambas versiones son correctas; esto es, podemos hablar de la herida en Sus manos o de la herida entre Sus brazos.

En Zacarías 13:1 se nos explica el propósito por el cual el Señor fue herido en Su costado: “En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la impureza”. Este manantial es la fuente que brotó al fluir Su preciosa sangre por las heridas causadas tanto en Sus manos como en Su costado; éste fue el manantial que brotó para la purificación del pecado. Zacarías 12:10a dice: “Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, Espíritu de gracia y de súplica; y mirarán a Mí, a quien traspasaron”.

Así pues, Zacarías profetizó de la muerte del Señor de una manera muy misteriosa. Él no usó directamente la palabra “cruz” o “crucifixión”, sino que se valió de palabras como “herido”, “manantial abierto” y “a quien traspasaron”. En toda la Biblia, no hay otro libro que nos presente un cuadro tan precioso y maravilloso de la muerte de Cristo.

Además, Zacarías profetizó anunciando la manera en que Cristo vendría a Jerusalén antes de Su muerte. Él vino como un Rey, no montado en un brioso caballo, sino sentado en un pollino, hijo de asna. “Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu Rey viene a ti, justo y dotado de salvación, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (9:9). Esto se cumplió en Mateo 21:1-11, la última vez que el Señor Jesús vino a Jerusalén.

No creo que haya un cuadro más claro de la primera venida del Señor que el que encontramos en el libro de Zacarías. Aquí se nos dice que el Señor vino como un hombre y que, aun así, es el compañero de Dios. Él vino para ser el Pastor y alimentar al rebaño de Dios con gracia a fin de lograr la unidad; con todo, Él fue aborrecido por los falsos pastores. Él fue traicionado por treinta monedas de plata e incluso fue herido por Dios. Él fue herido en Sus manos y en Su costado en la casa de Sus amigos, pero ello tenía como fin que Él hiciera brotar una fuente que lavara los pecados. Él vino a ellos como un pastor y como un rey que, humildemente, montó sobre un pollino; a pesar de ello, fue rechazado. Todo esto se refiere a Su primera venida y es profetizado de manera misteriosa. Zacarías presenta un cuadro aquí y otro cuadro allá, por lo cual se requiere revelación del Señor para unirlos debidamente.

LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Zacarías también nos habla de la segunda venida del Señor: “He aquí, que viene un día para Jehová, cuando el despojo que se os quitó será repartido entre vosotros ... Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones, como cuando lucha en el día de la batalla. Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartará hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur. Y huiréis al valle de Mis montes, porque el valle de los montes llegará hasta Azal; huiréis de la manera que huisteis por causa del terremoto en los días de Uzías rey de Judá; y vendrá Jehová mi Dios, y todos los santos con El” (14:1, 3-5).

Estos versículos dicen que Él vendrá juntamente con todos los santos a pelear y que afirmará sus pies sobre el monte de los Olivos. Al leer Hechos 1:9-12 vemos que el Señor Jesús ascendió desde el monte de los Olivos, y los ángeles les dijeron a los discípulos que Él vendrá de la misma manera en que le habían visto ir al cielo. Él retornará al monte de los Olivos, el mismo lugar desde el cual ascendió. En aquel tiempo, el pueblo judío se encontrará rodeado de enemigos, tal como les sucedió cuando se encontraban frente al mar Rojo. Así como el Señor dividió el mar Rojo, en el futuro Él partirá en dos el monte de los Olivos, abriendo camino para que el pueblo huya de sus enemigos.

Mientras que Cristo el Señor peleará por el pueblo de Israel, Dios derramará sobre ellos el Espíritu de gracia y todos se arrepentirán y lamentarán. Esto no se refiere al arrepentimiento por sus pecados, sino a que ellos se arrepentirán y lamentarán por haber rechazado al Señor en el pasado. Entonces, todos los hebreos se arrepentirán y le recibirán como el Salvador. Él resolverá todos los problemas que haya en la tierra y será Rey sobre todas las naciones: “Y Jehová será Rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será el único Dios, y único será Su nombre” (Zac. 14:9).

Todos los que hoy participamos en el recobro que el Señor efectúa en las iglesias locales tenemos que testificar respecto a la primera y segunda venida de Cristo; por esta razón debemos orar-leer el libro de Zacarías. En realidad no es necesario que analicemos mucho estos textos, sino que simplemente debemos orar-leerlos. Así, el Espíritu de gracia podrá ayudarnos a entender a Cristo cada vez más de una manera personal y “secreta”. Éste es el Cristo que vemos profetizado en

Zacarías, el Cristo misterioso que ha sido dado a las iglesias locales, un Cristo mucho más profundo que el Cristo del que profetiza Isaías.

CAPÍTULO SIETE

EL ENRIQUECIMIENTO, EL FORTALECIMIENTO, LA PURIFICACIÓN Y LA PROTECCIÓN DEL RECOBRO

Lectura bíblica: Esd. 7, 8, 9; Neh. 1—2

Según los libros respecto al recobro, la historia es como sigue: Primero, se da inicio al retorno del cautiverio. En dicho retorno destacan dos líderes: Zorobabel, el gobernador, quien representa el reinado, y Josué, el sumo sacerdote, quien representa el sacerdocio. Zorobabel y Josué retornaron con el pueblo a fin de recobrar el templo. Esdras llegó más de cincuenta años después con un grupo de cautivos que retornó a su tierra y que contribuyó al enriquecimiento del recobro. Diez u once años después que Esdras vino, Nehemías vino a edificar la ciudad y brindar protección al templo. En el período transcurrido entre la venida de Zorobabel y la de Esdras, la obra de recobro del templo cesó por unos quince años, después de lo cual Dios hizo que surgieran Hageo y Zacarías para que alentaran al pueblo a continuar la labor.

SEIS NOMBRES

Así pues, en la historia de la obra de recobro realizada por Dios, destacan seis nombres: Zorobabel, Josué, Hageo, Zacarías, Esdras y Nehemías. Zorobabel era gobernador de la provincia de Judá y representaba el reinado, mientras que Josué era el sumo sacerdote y representaba el sacerdocio. Fue bajo estos dos ministerios que Dios dio inicio a Su obra de recobro. Pero además de ello, el ministerio de los profetas también se hizo necesario, y éste se manifestó por medio de Hageo y Zacarías. Hageo fue usado para despertar el espíritu del pueblo y animarlo a continuar con la edificación del templo. Hageo le dijo al pueblo que si ellos terminaban la edificación del templo, entonces propiciarían la venida del Deseado de las naciones, quien es Cristo. Zacarías vino después de Hageo para anunciar más de Cristo a las personas que el Señor estaba recobrando. Ésta es verdaderamente la profecía más apropiada. Ella debe comenzar despertando el espíritu del pueblo y debe concluir anunciando a Cristo. Aquí vemos que despertar el espíritu del pueblo sólo necesitó de dos capítulos, mientras que profetizar sobre diversos aspectos de Cristo requirió de catorce capítulos. El libro de Zacarías es verdaderamente maravilloso, pues allí se habla mucho sobre Cristo en relación con el recobro que Dios realiza. Cristo es el Renuevo que produce fruto; Él es la piedra del fundamento, la cual tiene siete ojos, los cuales, a su vez, son los siete Espíritus de Dios que recobran el edificio de Dios de una manera prevaleciente; y Él es la piedra cimera, que trae consigo la gracia de Dios en toda su plenitud. Cristo es también el Rey que posee el reinado, el Sacerdote que ejerce el sacerdocio y, finalmente, el Constructor. Todo esto es Cristo en relación con el recobro que Dios efectúa, tal como nos es presentado en el libro de Zacarías. Incluso hoy en el recobro que Dios realiza, necesitamos tal profecía a fin de recobrar todos los aspectos de Cristo.

ESDRAS ES INDISPENSABLE

No obstante, todavía es necesario el ministerio de Esdras, a fin de enriquecer y fortalecer al recobro. Para cuando Esdras había retornado, todo había sido recobrado, pero aún existía la necesidad de fortalecer y enriquecer dicho recobro. El remanente que había retornado todavía era muy pequeño y era necesario el incremento numérico, así que Esdras vino acompañado de un buen número de personas. En realidad, lo que necesitamos hoy son más Esdras. El número de los que estamos en el recobro del Señor es todavía muy reducido; por tanto, necesitamos que algunos Esdras retornen de Babilonia para fortalecer el recobro numéricamente. Todavía hay muchos sacerdotes, príncipes, levitas, cantores y sirvientes que permanecen en Babilonia. Ellos son para el recobro del Señor. Quizás hayan nacido en Babilonia, pero no son de Babilonia. Ellos fueron salvos en las denominaciones, pero no fueron salvos para las denominaciones, sino para el Señor y Su recobro. Tenemos que orar al Señor pidiéndole que haga surgir algunos Esdras. Necesitamos más Esdras en nuestros días. Esdras fortaleció al recobro al traer consigo a muchos que retornaron del cautiverio.

Hoy en día, en Los Ángeles, muchas cosas ya han sido recobradas, pero a pesar de ello, todavía somos un número muy pequeño de personas. ¿Cuántos miles de creyentes conforman el pueblo de Dios en esta gran ciudad? Y, sin embargo, no llegamos a ser ni siquiera mil personas. Si comparamos este número con la cantidad de hijos de Dios que hay en esta ciudad, todavía somos muy pocos. Sí, hemos retornado de la cautividad, pero el número de los que han retornado es todavía muy pequeño. Tenemos que orar al Señor pidiéndole que haga surgir algunos Esdras que traigan consigo a más personas. Por un lado, nos sentimos satisfechos de lo que se ha logrado, por otro, no estamos completamente satisfechos. Necesitamos que más Esdras retornen de la cautividad.

LAS RIQUEZAS DE CRISTO

Al leer el libro de Esdras nos percatamos de que no nos dice mucho acerca del propio Esdras. Únicamente nos dice que cierto año, Esdras, quien era hijo de un sacerdote, retornó. No se nos dice cómo es que él surge, pero sabemos que fue el Señor quien lo hizo surgir. El Señor hizo que surgiera Esdras a fin de fortalecer y enriquecer Su recobro. Así pues, Esdras nos deja constancia de la plata, el oro, las tazas y los tazones que fueron devueltos al templo de Dios. Esto no es nada insignificante, ya que representa las riquezas de Cristo que retornaron del cautiverio.

Algunas veces las personas nos preguntan: “¿No les parece que en las denominaciones hay algo del Señor?”. Yo suelo responderles que incluso en la Iglesia Católica Romana hay muchas cosas del Señor. Con ello quiero decir que hay mucha plata, mucho oro y muchos vasos que todavía están en Babilonia, pero que ninguna de estas cosas debería permanecer en Babilonia. Todas estas cosas tienen que ser recuperadas para Jerusalén. Es decir, todo lo que pertenezca a Cristo debe ser recuperado y sacado de Babilonia. En las denominaciones hay muchas cosas que el Señor ha hecho; aún así, la totalidad del pueblo de Dios así como todo cuanto el Señor ha realizado no debiera permanecer en las denominaciones, sino retornar a las iglesias locales. Todos los hijos de Israel que se encontraban en Babilonia, incluso los nacidos en Babilonia, no estaban destinados a fortalecer Babilonia, sino a Jerusalén. Tenemos que orar pidiendo que un número cada vez mayor de los hijos del Señor retorne a las iglesias locales. Asimismo, tenemos que orar pidiendo que todas las experiencias de Cristo sean traídas de regreso a las iglesias locales. Toda la plata, todo el oro y todos los vasos pertenecen al templo en Jerusalén.

Jamás critiqué ninguna labor de evangelización, porque me di cuenta de que muchos de tales esfuerzos logran conducir a las personas al Señor. En cierto sentido, me alegra enterarme de las obras prevalecientes que se realizan para el Señor. Pero por otro lado, no estoy verdaderamente contento con tales obras hasta que no vea que ellas son llevadas a las iglesias locales.

Esdras fortaleció el recobro al lograr que muchas personas llegaran a ser partícipes de éste, y lo enriqueció al traer consigo muchos “vasos” de oro y plata. Hoy en día, es necesario que el recobro sea fortalecido con un mayor número de personas y sea enriquecido con las riquezas de Cristo que estas personas traigan consigo. Es bueno poseer el oro y la plata, pero es errado mantener estas riquezas en Babilonia. Cuando la plata y el oro son traídos de regreso a la casa de Dios en Jerusalén, ello no solamente es bueno, sino que también es lo correcto y apropiado. Me gusta ver personas que oran-leen las Escrituras, pero no estoy tan feliz cuando las veo poner esto en práctica y, aún así, permanecer en las denominaciones. No hace mucho, Stream Publishers recibió una carta de un pastor que compartía cuánto aprecio sentía por la práctica de orar-leer las Escrituras. De hecho, él nos pidió que le enviásemos muchos ejemplares de nuestra revista *The Stream* [El Manantial] a fin de que todos los miembros de su iglesia pudiesen aprender a orar-leer. Yo me alegré, pero en cierto sentido no estaba completamente satisfecho, debido a que esto iría a llevarse a cabo dentro de una denominación. Ciertamente me gozo que las personas disfruten de la práctica de orar-leer, pero no me alegra tanto ver que la plata y el oro todavía permanezcan en Babilonia. Esto no es lo ideal, pero es mejor que nada; así que le enviamos a este pastor todos los ejemplares que nos pidió a fin de ayudar a su congregación a adquirir toda la plata y el oro que pudieran. Pero todo esto tiene que ser traído de regreso a las iglesias locales. ¡Cuánto necesitamos a los Esdras de hoy a fin de que ellos fortalezcan el recobro con un mayor número de personas y lo enriquezcan con la plata y el oro que hayan obtenido en Babilonia!

UN ESCRIBA SACERDOTAL

Esdras era un sacerdote, descendiente de Aarón, y además era un escriba. El escriba del Antiguo Testamento corresponde a lo que es un maestro en la época del Nuevo Testamento. Pero existe una diferencia entre un profeta y un escriba o maestro. El profeta es uno que habla directamente de parte de Dios, mientras que el maestro es alguien que enseña aquello que fue proclamado por el profeta. Por ejemplo, sabemos que Moisés era profeta debido a que él habló algo que procedía directamente de Dios. Pero un escriba es un maestro que enseña aquello que fue anunciado por Moisés.

Hageo y Zacarías eran profetas, pues ellos hablaron lo que habían recibido directamente de Dios. Lo que Hageo dijo era nuevo; no había sido revelado antes a ninguna otra persona. El mensaje de Zacarías era aún más maravilloso. Él dijo que Cristo es el Renuevo, la piedra de fundamento que tiene siete ojos y la piedra cimera que corona el edificio. ¿Acaso Moisés había dicho esto? No, Zacarías fue el primero en proclamar esto. Zacarías no era un maestro, sino un profeta; lo que él habló era directamente inspirado por Dios, era una palabra que Dios le daba en ese momento, Su inspiración fresca y actual. Esdras, en cambio, no dijo nada que fuese nuevo. Lo que él dijo ya había sido dicho por Moisés. Esdras era un escriba y un maestro. Pero, en conformidad con el principio que Dios ha establecido en Su recobro, no necesitamos un maestro viejo, sino un maestro que ejerza el sacerdocio. Así que, Esdras era también un sacerdote.

Un sacerdote es una persona que ha sido mezclada con el Señor, que está saturada de Él, que se alimenta de Él y que inhala al Señor a lo largo del día. Así pues, todas sus palabras son el propio Señor. Esto define exactamente cómo deben ser los maestros en el recobro del Señor. Esdras era esta clase de persona. Él proclamó ayuno y también ayunó; él simplemente era uno con el Señor puesto que se mantenía en contacto ininterrumpido con Él. Él no era un escriba apegado solamente a la letra de la ley, sino un escriba que ejercía el sacerdocio, un escriba sacerdotal.

A quienes estamos en las iglesias locales nos inspiran gran temor aquellos maestros que sólo imparten conocimiento. Algunas personas han adquirido cierta medida de conocimiento y les gusta enseñar lo que saben, pero ellos mismos no son la clase de persona de la cual hablan. Hoy en día, el recobro del Señor no necesita esta clase de maestros. Lo que necesitamos son Esdras,

escribas sacerdotales, maestros que ejerzan el sacerdocio. Éste es el maestro que se mantiene en contacto con Dios de una manera fresca y continua, y que está saturado de Dios y es uno con Él. Esdras pasaba mucho tiempo con el Señor. Aunque él estaba en posición de pedirle al rey un ejército que lo acompañara y protegiera durante su viaje de regreso a Jerusalén, no lo hizo, sino que puso toda su confianza en el Señor. Ésta es la clase de persona que es apta para ser maestro en el recobro del Señor. Incluso si usted dispone de los medios, no debiera valerse de ellos, sino que usted tiene que poner toda su confianza en el Señor. En el recobro del edificio de Dios, no necesitamos maestros que impartan solamente un conocimiento objetivo. El mero conocimiento impartido por medio de enseñanzas no será de ayuda alguna. Lo que necesitamos es la vida, es decir, necesitamos que el sacerdocio se mezcle con la enseñanza. Necesitamos escribas que ejerzan el sacerdocio, como lo hizo Esdras. El mero conocimiento, en vez de edificar, mata. Es el maestro que ejerce el sacerdocio el que edifica. Ésta es la clase de persona que puede fortalecer el recobro trayendo un incremento numérico, y que puede enriquecerlo con las ricas experiencias de Cristo. Alabo al Señor porque entre nosotros hay tales Esdras, y tengo la plena certeza de que el Señor traerá cada vez más Esdras, es decir, más personas que sean uno con Dios, que estén llenas y saturadas de Dios y que sean diestras en la obra de Dios. Éstas son las personas apropiadas que traerán al recobro un número significativo de “cautivos” y que también traerán al recobro más de las riquezas de Cristo.

LA PURIFICACIÓN

Esdras no solamente contribuyó a fortalecer y enriquecer el recobro, sino que, además, lo purificó. Antes que Esdras llegase, existía una mezcla impura. Algunos de los israelitas habían contraído matrimonio con esposas paganas, y sus hijos procedían de tal mezcla. Éste es un tipo que debemos aplicar espiritualmente, y no de forma literal. El recobro es el linaje santo. Todo aquello que recibimos y no sea santo, es una mezcla impura. En algunos lugares donde se realizó cierta obra de recobro en el pasado, notamos que hubo una mezcla impura. El recobro es santo, pero se adoptaron algunas cosas que no eran tan santas. Por tanto, puesto que se produjo una mezcla impura, se hace necesaria la intervención de algunos “Esdras” para purificar el recobro. Fue Esdras el que purificó el recobro. En las iglesias locales tenemos que ser muy puros, muy sencillos, sin mezcla alguna. El problema es que muchos de nosotros que hemos retornado de Babilonia, hemos traído con nosotros nuestro respectivo bagaje; este bagaje, las cosas de nuestro pasado, hace que se produzca una mezcla impura. Así pues, en el recobro que el Señor efectúa se ha hecho necesaria la purificación, a fin de separar el linaje santo de todo aquello que sea pagano. No debemos introducir en las iglesias locales aquello que solíamos hacer en las denominaciones, no importa cuán bueno ello pueda parecer. Esto no sería otra cosa que traer esposas paganas. No queremos decir con esto que debemos ser personas orgullosas, sino simplemente que debemos renunciar al bagaje que traemos de nuestros respectivos pasados. Todos tenemos que aprender a renunciar a las cosas de nuestro pasado, independientemente de cuán buenas ellas puedan ser. Tenemos que ser muy puros a fin de que el linaje santo jamás se mezcle con nada que sea común o profano.

Si el recobro es santo, ciertamente veremos la bendición del Señor. La razón por la cual la bendición no pudo ser derramada en algunos lugares, fue la mezcla impura que se produjo debido a los elementos del pasado. Muchas veces se nos ha condenado por no invitar predicadores a nuestras reuniones. En realidad, no lo hemos hecho porque seamos orgullosos, sino porque somos muy cuidadosos. Si invitáramos a predicadores de afuera para compartir en nuestras reuniones, ellos traerían consigo sus “esposas paganas”. En el pasado lo hicimos y ello sólo nos trajo problemas. Así que, hemos aprendido la lección. Esto no quiere decir que seamos estrechos, sino que el recobro es muy puro, santo y es único en su género. Por ello, necesitamos de “Esdras” que realicen una obra de purificación. El Señor no tolera mezclas de ninguna clase. En Su obra de creación, Él hizo todas Sus criaturas “según su género”. Es decir, si se trata de una manzana,

tiene que proceder de un manzano; y si se trata de un durazno, tiene que proceder de un duraznero. Tenemos que ser puros y simples y según nuestro propio género. ¡Tenemos que ser personas puras, estrictas y sencillas, según nuestra propia especie! Si somos una denominación, pues simplemente seamos una denominación. Si somos un grupo independiente, simplemente seamos un grupo independiente. No debiéramos afirmar que somos algo diferente. Si somos la iglesia local, entonces seamos la iglesia local únicamente. Tenemos que ser muy sencillos, muy puros y muy auténticos, según nuestra propia especie. Tenemos que ser íntegros. El Señor jamás respaldará ninguna clase de mezcla impura. Todo debe ser según su propio género.

La labor de Esdras consistía en fortalecer, enriquecer y purificar. Él no solamente purificó al pueblo después que el templo fue edificado, sino que lo volvió a purificar con miras a la edificación de la ciudad. Tanto en Esdras como en Nehemías vemos una obra de purificación: una purificación ocurrió después de la edificación del templo, y otra ocurrió después de la edificación de la ciudad. Así pues, en cada una de las etapas del recobro del Señor es necesario realizar una obra de purificación.

LA PROTECCIÓN QUE BRINDA LA CIUDAD

Ya hablamos sobre la función que cumplen Zorobabel, Josué, Hageo, Zacarías y Esdras. ¿Acaso no basta con todo lo realizado por ellos? Ya se concretó el retorno de la cautividad y se recobró la obra de edificación, la misma que luego fue fortalecida, enriquecida y purificada debidamente. Todo esto es muy bueno, pero no es suficiente. Todavía se requiere de la función que cumple Nehemías a fin de que haya protección. Si bien el templo había sido edificado, la ciudad aún no había sido edificada. El templo requería de la protección que la ciudad le brindaba. El templo equivale a la casa, y la ciudad equivale al reino. La casa de Dios requiere del reino de Dios para su protección. Así pues, después de Esdras, todavía fue necesario Nehemías. A la postre, Nehemías se convirtió en el gobernador de Judá. El reinado tiene que ser establecido para que el reino se haga realidad.

Ya consideramos a estas seis personas: Zorobabel, Josué, Hageo, Zacarías, Esdras y Nehemías. Zorobabel representa el reinado y Josué el sacerdocio. Hageo y Zacarías representan a los profetas: Hageo despierta el espíritu del pueblo, mientras que Zacarías nos revela la persona de Cristo. Esdras es el escriba sacerdotal que cumple la función de fortalecer, enriquecer y purificar al remanente recobrado. Nehemías interviene luego para brindar protección, la protección que se obtiene al sujetarse a la autoridad divina. En las iglesias locales, es imprescindible que obtengamos la casa de Dios, pero también es indispensable que la ciudad de Dios, el reino, se haga realidad entre nosotros. La casa de Dios depende fundamentalmente del sacerdocio, el cual consiste en tener contacto con el Señor, en ser completamente llenos del Señor y en ser uno con el Señor. Esto marca el inicio de la obra de recobro, pero todavía existe la necesidad de que la autoridad divina, el reino, se establezca entre nosotros. La iglesia tiene como meta el reino; es decir, la casa tiene como meta la ciudad. Finalmente, la casa de Dios llegará a ser la ciudad santa, la Nueva Jerusalén (Ap. 21:2-3). En la Nueva Jerusalén, no hay templo (v. 22), porque el templo se ha ensanchado o agrandado hasta llegar a ser la ciudad. Esto quiere decir que la ciudad y el templo están mezclados como una sola entidad. Esto significa eterna protección. No basta con que la casa haya sido establecida para obtener la adecuada seguridad. Necesitamos, pues, la protección que brinda el reino. Éste es, precisamente, el ministerio de Nehemías, el último gobernador en el recobro. El primero fue Zorobabel, y el último fue Nehemías.

En el recobro del Señor seis personas son necesarias. Todas y cada una de ellas contribuyen algo que es necesario y vital. Valoro estos libros sobre el recobro. Ellos tienen exactamente lo que necesitamos hoy en el recobro del Señor. Necesitamos a Zorobabel; necesitamos a Josué; necesitamos a Hageo; necesitamos a Zacarías; necesitamos a Esdras; y necesitamos a Nehemías.

Nehemías hace posible que tengamos la protección que brinda la ciudad. Mientras no contemos con la ciudad, no estaremos seguros. Necesitamos cierta clase de protección que sirva de lindero para la casa de Dios. La ciudad no es más que los linderos que rodean el templo, los cuales protegen al recobro del Señor. Finalmente, la casa, el templo, ¡se mezclará con la ciudad en la Nueva Jerusalén, brindando protección por la eternidad!

CAPÍTULO OCHO

LA CIUDAD ES EL AGRANDAMIENTO DE LA CASA DE DIOS

Lectura bíblica: Neh. 4, 6, 8, 9, 12, 13

Después de recobrar la edificación del templo, todavía existe la necesidad de que la ciudad sea edificada. Sin la ciudad, el templo carece de protección. El templo ha sido completado, y es allí donde se encuentra la presencia del Señor y donde nos reunimos y servimos al Señor; pero dicho templo todavía requiere de protección. El muro de la ciudad es la defensa del templo. Sin el muro de la ciudad, se carece de la protección necesaria.

Debemos aplicar toda esta tipología en el contexto neotestamentario. En el Nuevo Testamento, la edificación de la iglesia se menciona por primera vez en los Evangelios. Después que Pedro declaró que Cristo era el Hijo de Dios, se le dijo que la iglesia sería edificada. La iglesia surge después de que conozcamos a Cristo; después que experimentamos a Cristo, la iglesia se hace realidad. Al mismo tiempo, el Señor le dijo a Pedro que le serían dadas las llaves del reino. Por tanto, el reino viene después de la iglesia. Así pues, estos tres son necesarios: Cristo como la roca, la iglesia y el reino. Tenemos que experimentar a Cristo, la iglesia tiene que ser edificada y, entonces, el reino vendrá.

En las Epístolas vemos que la iglesia es la casa de Dios: esto se menciona tanto en Efesios 2:19 como en 1 Timoteo 3:15. Pero en los dos últimos capítulos de Apocalipsis vemos una ciudad. Y en esa ciudad no hay templo (Ap. 21:22), porque el templo ha sido agrandado, al punto de llegar a ser la ciudad. Todos sabemos lo que Cristo es y, en cierto sentido, sabemos también qué es la iglesia, pero muy pocos están familiarizados con la ciudad.

EL AUMENTO Y AGRANDAMIENTO DE CRISTO

Cristo es el centro divino y eterno. Al entrar en mí, en usted, y en muchos otros, Cristo crece; así pues, la iglesia no es sino el aumento de Cristo (Jn. 3:29-30). El Cristo acrecentado, el Cristo ensanchado, esto es la iglesia. ¿Qué es la iglesia? La iglesia es el aumento y el agrandamiento de Cristo. Todos nosotros formamos parte de Cristo y somos miembros de Cristo. Mi mano es uno de mis miembros y también forma parte de mí; incluso mi dedo meñique forma parte de mí debido a que es uno de mis miembros. Así pues, no importa cuán pequeño sea usted, si ha nacido de Cristo, usted forma parte de Cristo.

A veces las personas me preguntan qué clase de cristiano soy. Cuando me hacen tal pregunta, en realidad quieren saber si soy metodista, presbiteriano o bautista. La mejor manera de responderles es simplemente decirles que formo parte de Cristo. Esa es la clase de cristiano que soy. No formo parte de un grupo presbiteriano, sino que formo parte de Cristo. Todos nosotros formamos parte de Cristo y todas estas “partes” en su conjunto constituyen el aumento de Cristo. Todos nosotros formamos parte del Cuerpo, la plenitud de Cristo (Ef. 1:22-23). Al ver a un determinado hermano, estamos viendo un pedacito de Cristo. Todos estos pequeños pedazos de Cristo, al conformar una sola entidad, llegan a ser la plenitud de Cristo, a saber, Su Cuerpo.

La iglesia es la plenitud de Cristo, pues Cristo se ha acrecentado y agrandado por medio de muchos miembros. Pero, ¿qué es la ciudad? La ciudad es Cristo que se ha ensanchado aún más. El primer paso en el proceso de agrandamiento de Cristo es la iglesia como la casa de Dios. El segundo paso en este proceso de agrandamiento es también la iglesia, no como la casa, sino como la ciudad. La iglesia, que es la casa, tiene que ensancharse hasta llegar a ser la ciudad. La ciudad es más amplia y más segura que la casa. Finalmente, ¡toda la casa llega a ser la ciudad! Apocalipsis 21:22 dice que ya no hay templo en la ciudad, porque el templo se ha convertido en la ciudad. La ciudad es el tabernáculo, la morada (vs. 2-3). La ciudad es el agrandamiento del templo, el pleno desarrollo de la casa.

LA MEZCLA DE DIOS Y EL HOMBRE

La edificación de la casa y la ciudad ocupan un lugar central en el propósito eterno de Dios. Esta edificación consiste simplemente en mezclar a Dios con el hombre. Cuando Cristo entra en nuestro ser, eso es mezcla; Cristo se mezcla con nosotros. Por tanto, la iglesia es la divinidad y la humanidad que se mezclan, un entremezclarse divino entre Dios y el hombre. Cuando este mezclarse alcance su pleno crecimiento y su consumación, tendremos la ciudad. Así que, la ciudad llega a ser la mutua edificación, la morada mutua, de Dios y el hombre. Dios mora en nosotros y nosotros en Dios. ¡Oh, esto es verdaderamente maravilloso! Ésta es la mezcla universal y eterna de Dios con el hombre. Nosotros somos Su morada, y Él es la nuestra. En pequeña escala, esto es la casa; y en gran escala, esto es la ciudad.

La Biblia, desde la primera página hasta la última, tiene este tema principal. Ya dije antes que la Biblia es como el cuadro de un tigre en el que aparecen muchas otras cosas en el fondo. La figura principal es el tigre. El tema principal de dicho cuadro no es la montaña, el puente ni los árboles que aparecen al fondo, sino el tigre. Todas estas otras cosas simplemente son el telón de fondo. La Biblia es un cuadro que nos revela la mezcla de Dios con el hombre. Hay miles de otros elementos que componen este cuadro, pero ellos conforman simplemente el telón de fondo y no son tan significativos. La figura principal es la mezcla divina, y en esta mezcla están involucradas cuatro entidades: la primera es Dios, la segunda es Cristo, la tercera es la iglesia, y la cuarta y final es las iglesias locales. Estos son los principales componentes de la figura principal de este cuadro bíblico que representa la mezcla de Dios con el hombre. Si recibimos la revelación respecto a esta mezcla, toda la Biblia llegará a ser clara y transparente para nosotros, desde la primera página hasta la última. De otro modo, la Biblia será un libro velado para nosotros.

LA VIDA Y LA AUTORIDAD NECESARIAS PARA OBTENER LA CASA Y LA CIUDAD

¿Qué es Cristo? Cristo es la vida divina. Y ¿quién es Cristo? Cristo es Dios mismo. Cristo es simplemente Dios, nada menos. Y Cristo es Dios como nuestra vida. Cristo es vida para nosotros, y Él se ha forjado en nosotros a fin de que le disfrutemos como vida. ¡Esto es verdaderamente maravilloso! ¡Cristo como vida es tan maravilloso! Es imposible describir cuán maravillosa es esta vida y cuán profundo es el gozo que ella nos da. La vida lo es todo para una persona; y Cristo es nuestra vida. No existen palabras humanas que puedan definir al Cristo que es nuestra vida. La vida es un misterio; nadie ha podido describirla o definirla, no obstante, lo es todo para nosotros. Si no tenemos a Cristo como vida, todo es vano. ¡Cristo como vida lo es todo para nosotros! ¡Aleluya!

Cristo como vida se halla representado por la iglesia como la casa de Dios. Sé que muchos de nosotros hemos disfrutado de Cristo como nuestra vida. Pero Cristo no es sólo esto, sino mucho más. El Nuevo Testamento primero nos dice que Cristo es nuestra vida, pero después nos dice

que Cristo es nuestra Cabeza y que nosotros somos Su Cuerpo. El Cuerpo necesita de la Cabeza, y la Cabeza necesita del Cuerpo. Cristo no sólo es nuestra vida, sino que también es nuestra Cabeza. Si únicamente experimentamos a Cristo como vida, pero no le tomamos como nuestra Cabeza, entonces sólo disfrutaremos de la iglesia como la casa de Dios, no como la ciudad. Cuando nos percatemos de que Cristo no solamente es nuestra vida, sino también nuestra Cabeza, Él podrá dar el segundo paso en Su proceso de agrandamiento. Entonces, la iglesia no solamente será la casa, sino también la ciudad. La casa está principalmente relacionada con la vida divina, mientras que la ciudad se relaciona primordialmente con la Cabeza.

En los últimos dos capítulos de la Biblia, vemos una ciudad con un trono en ella. Del trono surge el río de vida con el árbol de la vida que crece en ambos lados del río. ¡Del trono procede la vida! Allí está el trono y allí está la vida. Sabemos lo que es la vida, pero ¿qué es el trono? El trono representa el gobierno, la autoridad, el reinado y el señorío de Cristo. Es fácil para nosotros percatarnos en nuestra experiencia de que Cristo es nuestra vida, pero no es tan sencillo experimentar a Cristo como nuestra Cabeza. Disfrutar a Cristo como nuestra vida es comparativamente más fácil que experimentar a Cristo como nuestra Cabeza. Hay quienes conocen un poco a Cristo como vida, pero desconocen completamente la autoridad de Cristo, la Cabeza. El Nuevo Testamento nos dice claramente que Cristo es tanto nuestra vida como nuestra Cabeza. El Evangelio de Juan nos habla de Cristo como vida, y las Epístolas, especialmente Colosenses, nos dicen que Cristo es también nuestra Cabeza. Así pues, Él no solamente es nuestra vida, sino también nuestra Cabeza.

Debemos tener presente que Cristo es ambas cosas para nosotros: Él es nuestra vida y nuestra Cabeza. Cuando experimentamos y disfrutamos a Cristo como nuestra vida, la iglesia llega a ser para nosotros la casa de Dios. Pero si avanzamos en nuestra experiencia y le conocemos como Cabeza, la iglesia será ensanchada, agrandada, en nuestra experiencia y llegará a ser la ciudad. Entonces la iglesia será debidamente resguardada. Una casa es mucho más fácil de conquistar que una ciudad, y es más fácil penetrar en una casa que invadir una ciudad penetrando por sus muros. La ciudad es una salvaguarda para la casa.

Ahora, todos estamos disfrutando a Cristo como nuestra vida, y muchos están disfrutando de su luna de miel con la iglesia local. Pero todos sabemos que la luna de miel no dura para siempre. Ahora nos sentimos muy felices, pero tarde o temprano esta luna de miel se acabará. Cuando esto suceda, ustedes no se sentirán tan felices con algunos de los hermanos, y la iglesia local dejará de ser un lugar de regocijo para ustedes. Entonces, necesitaremos experimentar a Cristo no sólo como nuestra vida, sino también como nuestra Cabeza. No sólo necesitamos el disfrute, sino también la autoridad de la Cabeza. Si experimentamos a Cristo como la Cabeza, entonces el muro de la ciudad será edificado.

En muchas iglesias locales verdaderamente se disfruta de la vida divina en la casa de Dios, pero en lo concerniente a la ciudad, todavía se pueden detectar brechas en el muro; por lo cual, todavía se carece de protección. A esto se debe que después de Zorobabel, Josué y Esdras, todavía sea necesario un Nehemías que edifique el muro de la ciudad. El enemigo aborrece esto aún más que la edificación del templo. Los adversarios trataron de impedir, obstaculizar y perjudicar la edificación de la casa, pero tal oposición no fue tan intensa como cuando se opusieron a la edificación de la ciudad valiéndose de astutas y engañosas estrategias. El enemigo sabe que todavía es posible dañar la casa que ha sido edificada, pero una vez que se concluya la edificación de la ciudad, el muro de la ciudad protegerá y defenderá la casa. Así que, lo que necesitamos a largo plazo es la edificación del muro de la ciudad. El muro forma parte de la ciudad, la cual protege la casa.

Ciertamente es bueno que todos los hermanos y hermanas jóvenes disfruten de Cristo como vida. Pero tienen que avanzar y experimentar también a Cristo como su Cabeza. Él no solamente debe ser nuestra vida, sino también nuestra Cabeza; no solamente debe ser nuestro disfrute, sino también la autoridad a la que estemos sujetos. No sólo debemos disfrutar de la vida divina, sino también debemos estar sujetos a la autoridad de la Cabeza. ¿Por qué tantas personas se divorcian en los Estados Unidos? Simplemente porque quieren disfrutar del matrimonio sin estar sujetos a autoridad alguna. Si una pareja se siente feliz, disfruta del matrimonio, pero en cuanto dejan de sentirse felices con su cónyuge, se divorcian. Si ellos entendieran que no solamente deben llevar una vida matrimonial sino que, además, deben estar sujetos a la autoridad de la cabeza, no habría divorcios. Hermanos y hermanas, si nos sometemos a la autoridad de la Cabeza, ¿no tenemos otra opción! Estamos bajo la autoridad divina. Es imprescindible que todos nosotros nos percatemos tanto de la vida como de la autoridad. Entonces no solamente tendremos una casa, sino también una ciudad con un muro alto y sólido.

Si yo percibo la autoridad que tiene sobre mí el Señor como Cabeza, ya sea que esté contento con los otros santos o no, simplemente soy uno con ellos; no tengo otra opción. Así, no solamente soy partícipe de Su vida, sino que también estoy sujeto a Su autoridad como Cabeza. Si percibo Su autoridad como Cabeza, entonces me sujetaré a ella. La verdadera edificación de la ciudad consiste en ayudar a todos los hermanos y hermanas a sujetarse a la autoridad de Cristo como Cabeza.

Si en la iglesia únicamente disfrutamos de Cristo como nuestra vida pero desconocemos totalmente la autoridad que Cristo tiene sobre nosotros como Cabeza, entonces seguramente habrán brechas en el muro de la ciudad. Es posible que hayamos edificado la iglesia como la casa en virtud de la vida de Cristo, pero si hemos de obtener la iglesia como la ciudad, tenemos que estar sujetos a la autoridad de Cristo como Cabeza. Si nuestra vida de iglesia no solamente ha de ser una casa sino una ciudad que nos brinda protección, tenemos que avanzar en nuestra experiencia y sujetarnos a la autoridad de Cristo. Es posible que sea suficiente disfrutar de la vida de Cristo para obtener la casa, pero ello no basta para obtener la ciudad. La ciudad tiene que ser edificada con la autoridad de Cristo.

Todos nosotros tenemos que ejercitar nuestra voluntad, la cual debe ser renovada y transformada, de tal manera que esté sujeta a la autoridad de Cristo. Nuestra voluntad tiene que someterse a la Cabeza. Sólo entonces seremos firmemente establecidos. Como miembros del Cuerpo, el cual se expresa mediante la iglesia local, tenemos que estar dispuestos a sujetarnos a la autoridad de Cristo. Sólo entonces edificaremos la parte del muro que nos corresponde, y se eliminarán las brechas.

El libro de Nehemías nos dice que cada uno de nosotros tiene que edificar la parte del muro que le corresponda. Yo no puedo edificar en su lugar, ni usted tampoco puede edificar en mi lugar. Cada uno tiene que edificar la parte que le corresponde. Y en cuanto a la edificación del muro, la labor principalmente depende de los más fuertes, pues éste es un combate. Este asunto no depende tanto de nuestras emociones como de nuestra voluntad. Ya sea que me guste o no, tengo que edificar el muro. No importa que me sea difícil o fácil, tengo que hacerlo; no tengo otra opción. Así pues, tengo que sujetarme a la autoridad de Cristo como Cabeza a fin de que el muro pueda ser edificado.

Todas las iglesias locales requieren de la edificación del muro de la ciudad. Si realmente hemos visto que la iglesia local es la expresión del Cuerpo, entonces tenemos que entender que el Cuerpo está bajo la autoridad de Cristo como Cabeza. Como miembros, nosotros estamos sujetos a tal autoridad. No tenemos otra opción; tenemos que estar sujetos a la autoridad de Cristo. Entonces será edificado el muro. El muro constituye la ciudad y, en tipología, la ciudad

representa el reino, el gobierno. El Señor está en la casa, pero el Rey está en la ciudad para establecer el reino.

EL MURO DE SEPARACIÓN

Hay otro aspecto con respecto al muro. El muro de la ciudad no solamente brinda protección sino que, además, sirve como muro de separación. El muro constituye una línea, un lindero, de separación. Cuando el muro ha sido edificado, éste separa lo que se encuentra al interior de lo que quedó afuera. En Génesis 2 había un huerto que no tenía muros, así que fue fácil que el enemigo, el que se arrastra, se deslizara al interior de dicho huerto. Satanás se introdujo en el huerto arrastrándose porque éste carecía de un muro. Pero al final de la Biblia vemos una ciudad que tiene un muro de ciento cuarenta y cuatro codos de alto. Eso es doce veces doce, un número que significa perfección eterna. Así pues, hay una muralla perfecta que separa lo que es santo de lo que es común; por tanto, ninguna cosa profana puede entrar en la ciudad.

El muro de separación no está edificado con diversos preceptos o normas, sino con piedras preciosas que fueron transformadas. La Nueva Jerusalén es una ciudad edificada con piedras que fueron transformadas, y no con barro; allí no se encuentra ni un sólo ladrillo de barro. El muro de separación es la edificación conjunta de las piedras que pasaron por un proceso de transformación. Cuanto más seamos transformados, más nos separaremos de todo lo profano, y tal transformación, finalmente, llegará a ser la línea de separación. Esto no se lleva a cabo por medio de normas o reglamentos, sino mediante la transformación. En la iglesia, no debíamos tener normas con respecto a cuán corto o largo debe ser nuestro cabello, ni tampoco a si los miembros de la iglesia deben afeitarse o no. Hoy en día son considerables las discusiones no solamente entre los cristianos, sino incluso entre los incrédulos, sobre cuán largas deben ser las vestimentas de las damas. Algunas prendas son diabólica e infernalmente cortas. Pero, ¿debíamos nosotros tener reglas respecto a cuán largos deben ser los vestidos de las hermanas? No, pues si adoptáramos tal clase de reglas, nos convertiríamos en la religión de los vestidos largos. Por supuesto, esto no quiere decir que estemos de acuerdo con el uso de faldas cortas. Pero nosotros debemos poner nuestra confianza en el crecimiento de la vida divina y en el proceso de transformación. La transformación constituye la verdadera línea de separación. No tenemos reglas, pero contamos con la vida que transforma. ¡Alabado sea el Señor! Esta vida que nos transforma hará que nos separemos de todo lo profano.

En el muro de la Nueva Jerusalén no encontramos normas, sino la edificación conjunta de las piedras preciosas que fueron transformadas. Si oramos-leemos todos los versículos de Apocalipsis 21 y 22, veremos que ellos están profundamente relacionados con la vida divina: nos hablan de la corriente de vida, de ser alimentados con la vida, de beber de la vida y de la transformación efectuada por la vida divina. Esto no es otra cosa que la iglesia que cuenta con un muro edificado mediante la transformación.

Por eso, el enemigo aborrece la edificación del muro. Mientras no se haya erigido el muro en las iglesias locales, éstas carecerán de seguridad, resguardo o defensa. Es necesario edificar el muro, es decir, es menester que todo hombre tome conciencia de la autoridad de Cristo como su Cabeza. Todos y cada uno de ellos tienen que asumir y mantener la posición que les corresponde en la edificación del muro y tienen que aprender a edificar con una mano y a combatir con la otra. La edificación no es una tarea fácil; sólo puede llevarse a cabo combatiendo.

LAS ESTRATAGEMAS SUTILES DE LOS ADVERSARIOS

Una vez comencemos a edificar el muro, tendremos que enfrentarnos a las estratagemas y engaños sutiles de los adversarios. Primero, ellos pretenderán tener buena voluntad hacia nosotros. Tal vez nos inviten a reunirnos con ellos en conferencia. Esto parece ser muy positivo, pero muchas, muchas veces, seremos engañados por esta clase de propuestas. No las acepten, pues no es algo que proceda del Señor. He aprendido que tales reuniones son inútiles. ¿Qué podría producir una reunión así? ¿Qué podría obtenerse en tales reuniones que sea beneficioso para los intereses del Señor? Ustedes descubrirán que tales reuniones son simplemente trampas puestas por el enemigo a fin de engañarnos. Tenemos que aprender de la sabiduría de Nehemías. Él les dijo que estaba demasiado ocupado trabajando en la construcción del muro, y que no podía reunirse con ellos. Pero ellos no solamente hicieron una invitación, ¡sino cuatro! Es fácil rechazar la primera invitación, pero no es tan fácil rechazar la segunda, la tercera y la cuarta. Me temo que muchos entre nosotros habrían de aceptar la cuarta invitación.

En todas las iglesias locales tenemos que aprender a no vernos involucrados en ninguna reunión o conferencia con los adversarios. Si nosotros estamos en el camino del Señor, entonces dejemos que ellos opten por este camino. Si a ellos no les parece que nuestro camino sea el camino del Señor, entonces dejemos que ellos sigan su propio camino. No hay margen para transigir ni para celebrar reunión o conferencia alguna. Simplemente no tenemos tiempo para ello. Si ellos están dispuestos a tomar el camino del Señor, ellos lo tomarán. Jamás aceptemos la propuesta de descender para reunirnos con ellos. No, ellos tienen que subir para tomar este camino. Nosotros jamás descenderemos; que sean ellos los que suban.

¡Oh, cuan astutos son los adversarios! Algunos de los que retornaron de la cautividad incluso mantenían correspondencia con ellos. El sumo sacerdote se vio envuelto en una relación matrimonial que lo ligaba a ellos, y algunos de los sacerdotes incluso ¡le abrieron el templo de Dios a los adversarios para que ellos morasen en él! Pero cuando Nehemías regresó la última vez y descubrió que uno de los adversarios moraba en una de las habitaciones del templo, ¡él lo echó fuera! A algunos quizás les pueda parecer que esto es ser excesivamente descortés, pero Nehemías podía orar diciendo: “Acuérdate de mí, oh Dios”, con respecto a lo que él había hecho por el pueblo y por la casa de Dios. El Señor recuerda estas cosas. Así pues, lo que nos debe importar no es lo que la gente diga, sino lo que el Señor ha de recordar.

LA SEGUNDA PURIFICACIÓN

Después de la edificación del muro, Esdras intervino nuevamente para ayudar al pueblo a purificarse una vez más. Esdras era un maestro que ejercía el sacerdocio, un maestro sacerdotal, e impartió al pueblo enseñanzas sacerdotales a fin de ayudarles a purificarse. Él les leyó la Palabra de Dios, y ellos fueron inspirados. Todos estuvieron de acuerdo en firmar un pacto según el cual renunciarían a toda mezcla foránea. En las iglesias locales se debe rechazar todo tipo de mezcla impura. Debemos ser purificados completamente de toda mezcla impura. Todo aquello que sea común y todo lo que sea contrario a la naturaleza celestial, debe ser desechado. El recobro del Señor debe ser puro. Después de la edificación de la casa, tenemos que purificarnos; y después de la edificación de la ciudad, tenemos que purificarnos nuevamente. Tanto Esdras como Nehemías se percataron de esta necesidad y llevaron a cabo tal purificación. Por lo menos dos purificaciones se efectuaron bajo la dirección de Esdras, y una se realizó bajo la dirección de Nehemías. Es necesario recobrar el muro de la ciudad y es necesaria la purificación. Ésta es la necesidad actual en las iglesias locales.